



Asamblea General

PROVISIONAL

A/42/PV.71
18 de noviembre de 1987

ESPAÑOL

Cuadragésimo segundo período ordinario de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA 71a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el martes 17 de noviembre de 1987, a las 10.00 horas

Presidente: Sr. FLORIN (República Democrática Alemana)

más tarde: Sr. ICAZA GALLARD (Nicaragua)
(Vicepresidente)

- Política de apartheid del Gobierno de Sudáfrica [33] (continuación):
- a) Informes del Comité Especial contra el Apartheid
 - b) Informe del Grupo Intergubernamental encargado de vigilar el abastecimiento y el transporte de petróleo y productos derivados del petróleo a Sudáfrica
 - c) Informes del Secretario General
 - d) Informe de la Comisión Política Especial
 - e) Proyectos de resolución

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

Se abre la sesión a las 10.20 horas.

TEMA 33 DEL PROGRAMA (continuación)

POLITICA DE APARTHEID DEL GOBIERNO DE SUDAFRICA:

- a) INFORMES DEL COMITE ESPECIAL CONTRA EL APARTHEID (A/42/22, A/42/22/Add.1)
- b) INFORME DEL GRUPO INTERGUBERNAMENTAL ENCARGADO DE VIGILAR EL ABASTECIMIENTO Y EL TRANSPORTE DE PETROLEO Y PRODUCTOS DERIVADOS DEL PETROLEO A SUDAFRICA (A/42/45)
- c) INFORMES DEL SECRETARIO GENERAL (A/42/659, A/42/691, A/42/710)
- d) INFORME DE LA COMISION POLITICA ESPECIAL (A/42/765)
- e) PROYECTOS DE RESOLUCION (A/42/L.26 a A/42/L.32)

El PRESIDENTE (interpretación del ruso): Antes de dar la palabra al primer orador desearía recordar a los representantes que, de conformidad con la decisión adoptada ayer por la mañana, la lista de oradores en el debate de este tema se cerrará hoy a las 12.00 horas. Por lo tanto, ruego a los representantes que deseen participar en el debate que se inscriban lo antes posible.

De conformidad con la decisión adoptada por la Asamblea General en su tercera sesión plenaria, del 18 de septiembre de 1987, doy la palabra al representante del Congreso Panafricanista de Azania (PAC).

Sr. MLAMBO (Congreso Panafricanista de Azania (PAC)) (interpretación del inglés): Ante todo, en nombre del Congreso Panafricanista de Azania, guardián de los verdaderos anhelos del pueblo desposeído y oprimido de Azania, permítame felicitarlo, Sr. Presidente, con motivo de su elección unánime al elevado cargo de Presidente de la Asamblea General. Su país ha sido adalid en la lucha contra todas las formas de racismo, opresión y explotación, sobre todo contra el nazismo y el apartheid.

Además, no tenemos ninguna duda de que este período de sesiones de la Asamblea General hábilmente dirigido por usted debatirá plena y francamente este tema del programa, a saber, las políticas y prácticas diabólicas del régimen racista ilegal y minoritario en Sudáfrica y adoptará medidas firmes para seguir aislando a nivel internacional al régimen de Pretoria.

Ha transcurrido un año desde que la Asamblea General examinó por última vez este tema. La lucha justa y legítima del pueblo desposeído u oprimido de Azania ha adelantado considerablemente durante ese período. Al mismo tiempo, el régimen racista ha aumentado internamente su represión, así como también su agresión contra los Estados de la línea del frente y Estados vecinos.

Durante el año transcurrido, el impulso, en términos generales, se ha mantenido firme a nivel interno ante la creciente resistencia del pueblo en todos los frentes. Los trabajadores oprimidos y sin derechos en Azania continúan adelante en su justa lucha y su búsqueda de la unidad. El movimiento sindical en nuestro país ha consolidado y creado importantes federaciones. El Consejo de Sindicatos de Sudáfrica (CUSA) y la Confederación de Sindicatos de Azania (AZACTU), que juntos representan a más de 420.000 trabajadores de Azania, han hecho una fusión para constituir el Consejo Nacional de Sindicatos (NACTU).

El Congreso Panafricanista de Azania, el movimiento de liberación nacional de la mayoría oprimida y desposeída, apoya plenamente la lucha de los obreros africanos para agremiarse, unir los sindicatos y adoptar una orientación liberadora. El Consejo Nacional de Sindicatos y el Congreso de Sindicatos Sudafricanos (COSATU) están desempeñando una función importante en la lucha de liberación nacional, y de libre determinación.

El Congreso Panafricanista de Azania se reunió hace poco tiempo con una delegación del Consejo Nacional de Sindicatos en la ciudad de Dar es Salaam, República Unida de Tanzania, y publicó una declaración en la que se manifiesta el enfoque común que adoptamos en la lucha que mantenemos para liquidar el maligno sistema del apartheid. Además, el Congreso Panafricanista de Azania ha instado a las federaciones sindicales que están dentro de la Sudáfrica del apartheid a que se unan y presenten una posición común y de principios para luchar contra el sistema de discriminación y explotación.

La lucha decidida que libran los obreros de Azania ha provocado el arresto y la detención de muchos sindicalistas. Además, la reciente huelga minera reveló muchos aspectos en torno a los trabajadores azanios. Su reclamación de un aumento del 30% de los sueldos - que si lo hubieran obtenido aún estarían ganando menos del 50% de lo que percibe el minero blanco que cobra menos - fue rechazada por los propietarios de las minas. Los familiares mineros blancos tienen derecho a cobrar el equivalente a cinco años de salarios en caso de accidente mortal de un minero.

En cambio, los familiares de mineros africanos solamente tienen derecho a dos años de salarios. Aunque ganan menos del 50% de lo que se paga a los mineros blancos, los mineros africanos reclamaban tener derecho a una compensación equivalente a cinco años de salarios, lo que también fue rechazado. Los mineros blancos y africanos no tienen el mismo derecho a las vacaciones pagas. Mientras los mineros blancos tienen 35 días por año, los mineros negros tienen solamente 14. Los propietarios de las minas se negaron a eliminar incluso esta diferencia.

Los mineros negros, a través de esta huelga, expusieron la verdadera naturaleza de las compañías mineras. Estas han dejado constancia de su odio al apartheid, pero cuando se trata de pagar un salario que le permita vivir al minero africano, entonces recurren a utilizar el mecanismo estatal para suprimir la justa lucha de los mineros. A través de esta campaña los mineros africanos han aprendido que su condición en las minas puede mejorar de manera sustancial únicamente después de que caiga el sistema del apartheid y cuando el pueblo oprimido ejerza su derecho a la libre determinación.

También se ha intensificado la lucha en el frente juvenil. La oposición de principios al sistema inferior de "educación bantú", ha continuado en diversas formas. Su oposición de principios y la situación interna ha llevado al enfrentamiento directo entre el pueblo y las fuerzas armadas del régimen racista. En consecuencia, la juventud se moviliza y se introduce en la política. Esto ha tenido como resultado que el régimen practique ahora arrestos y detenciones de niños de hasta 7 años de edad, manteniéndolos sometidos a prisión por períodos prolongados. Cuando un régimen considera que un niño de 7 años constituye un riesgo potencial para la seguridad, entonces ese régimen está verdaderamente sacudido por el pánico.

El régimen, ante la resistencia creciente, ha intentado intensificar su represión. Han aumentado los asesinatos, sea por las fuerzas armadas del régimen o por sus vigilantes. Un número sin precedentes de patriotas de Azania languidece ahora en las prisiones del régimen. Más de 30 patriotas de Azania esperan su ejecución. Entre ellos se encuentran los seis de Sharpeville, que han sido sentenciados a muerte por iniciar el actual levantamiento, y entre ellos se incluye a una mujer, la camarada Theresa Ramashamola, de 26 años de edad. El 6 de noviembre de 1987, el régimen racista ejecutó al camarada Mlungisi Lumphondo, un miembro de la Unidad Juvenil Nacional de Azania (AZANYU), y también a un miembro de un sindicato, el African Allied Workers Union, que está afiliado al Congreso Nacional de Sindicatos. La familia del camarada Lumphondo nos pidió que le transmitiéramos, Sr. Presidente, su sincero reconocimiento por el cable que usted envió a P. W. Botha, pidiendo que le perdonara la vida de su hijo por razones humanitarias. El nombre del camarada Lumphondo se agrega al de los numerosos jóvenes héroes cuya sangre riega el árbol de la libertad en Azania.

La censura de prensa interna siempre ha existido en la Sudáfrica del apartheid y fue impuesta por diferentes medios. Hoy en día ningún periodista del exterior, incluyendo los de los países occidentales, puede escribir artículos sin permiso previo de la Oficina de Información del régimen racista. En consecuencia, todas las noticias que aparecen en los medios informativos occidentales cuentan con la aprobación del régimen racista. La Sudáfrica racista ha tenido éxito en incorporar a los llamados medios mundiales objetivos de información a su instrumento de propaganda tendenciosa.

El régimen racista, enfrentado al cada vez mayor aislamiento interno e internacional, intenta dar la impresión de que ahora está controlando las cosas y que se orienta hacia las reformas. Ningún régimen que impone la censura de prensa tan severa a los medios extranjeros de información y que confía más y más en las armas para perpetuarse en el poder, que detiene a cantidad de personas, incluyendo niños, puede proclamar honestamente que "tiene las cosas bajo control". Además las reformas introducidas hasta ahora son meramente superficiales y están destinadas a librarse del aislamiento internacional, en lugar de resolver el problema.

El régimen racista ha gastado varios millones de rand en un esfuerzo por aplacar a los residentes de la ciudad de Alexandra, incorporándolos al supuesto esquema de "embellecimiento". Estos lamentables esfuerzos también han sido calculados para silenciar a la crítica internacional. Debe recordarse que la ciudad de Alexandra fue escenario de graves incidentes en 1985 y 1986, entre la policía y los soldados racistas con los residentes de la ciudad de Alexandra, y asimismo con las supuestas "Bandas Scorpion", que no eran otra cosa que cuadros del Ejército Popular de Liberación de Azania (APLA), el ala militar del Congreso Panafricanista de Azania.

La Asamblea General declaró el año 1987 como Año Internacional de la Vivienda para las Personas sin Hogar, a fin de concentrar la atención en el padecimiento de las personas que en el mundo carecen de abrigo.

Continúa sin reducirse el número de personas sin hogar y de desalojados entre los oprimidos en Azania. En una columna del periódico Sowetan, del 23 de octubre de 1987, titulada "Perspectivas", Joseph Thloloe realiza una descripción vívida de la situación de los que carecen de vivienda y la agonía padecida por los residentes de nuestro país se muestra en forma gráfica. La Sra. Mofokeng, residente de Mshenguville, relata la historia sórdida de cómo en dos meses, desde noviembre de 1986 al 6 de enero de 1987, el Consejo Municipal de Soweto demolió las viviendas de los residentes en cuatro oportunidades. "Y piénsese de que no se requiere menos de 800 rand construir una vivienda", dice la Sra. Mofokeng. "Luego de haber destruido nuestras viviendas, nos encontramos con que no podemos utilizar nuevamente los materiales. Tenemos que comprar más". Y así continúa la Sra. Mofokeng. Relata el

hecho de que se ha concedido permiso a su familia para residir en Mshenguville. En virtud de este permiso ha tenido que pagar la suma de 35 rand mensuales al Consejo Municipal de Soweto. Pero este permiso no la asegura contra la destrucción de su vivienda, si el Consejo Municipal de Soweto así lo decide.

Mshenguville, ubicada en el centro de Soweto, cerca de la ciudad de Johannesburgo, nos revela el vacío de las promesas del régimen minoritario racista en cuanto a las reformas. Sudáfrica es suficientemente rica como para proporcionar vivienda decente a todos sus habitantes. Pero la abrumadora mayoría de su pueblo vive en zonas tales como Mshenguville, donde no hay calles, ni servicios de recolección de la basura. Esta se recoge sólo en las afueras del barrio de tugurios. Pese a que se pagan 35 rand mensuales, los residentes de Mshenguville no disponen de instalaciones de agua. Los residentes tienen que pagar a los propietarios en las vecindades de Mshenguville por el agua que tendría que ser proporcionada por el Consejo Municipal de Soweto.

Teniendo en cuenta el caso de personas obligadas a pagar altos costos por servicios que no existen, la mayoría de las cuales están desempleadas, mal pagadas, explotadas y oprimidas, ¿sorprendería a alguien que esas personas dirigieran su ira contra los consejeros municipales?

Cualquier persona que haya venido siguiendo los acontecimientos de mi país, Azania, tiene que haberse dado cuenta de los sufrimientos de los niños, las mujeres, los ancianos y los enfermos, sobre todo durante la última temporada de invierno, cuando familias enteras fueron expulsadas de sus hogares y todas sus pertenencias arrojadas a la intemperie. En las páginas de la prensa no oficial de mi país se vieron fotografías de niños recién nacidos carentes de toda ayuda, llorando en el frío invernal, después que sus padres habían sido desalojados.

A medida que empeora la crisis de la vivienda y los alquileres, algunos de nosotros recordamos las expresiones vertidas por representantes de los grandes negocios después del levantamiento nacional del 16 de junio de 1976. En aquel momento los grandes negocios sugirieron como solución que se creara una clase media negra, cuyos miembros pudieran ser dueños de sus hogares. La lógica era que las personas propietarias de sus casas no iban a rebelarse y originar perturbaciones. Esa clase media sería una protección y actuaría en gran medida como una especie de freno frente a las llamadas hordas perturbadoras de los sectores bajos. En efecto, se ha creado esa clase media, pero ella también se opone al apartheid y, por lo tanto, no sirve en absoluto como protección contra la ira de nuestras clases bajas.

He destacado la situación difícil en que se encuentran las personas que viven en Mshenguville, que está justo en el centro del país, cerca de la ciudad más opulenta, Johannesburgo, pero lo que ocurre en el campo es aún peor.

En consecuencia, el PAC y el pueblo de Azania hace ya tiempo han comprendido que el apartheid no puede reformarse y que debe ser totalmente erradicado. Por otra parte, las Naciones Unidas han declarado que el apartheid es un crimen de lesa humanidad.

La mayoría oprimida y desposeída sólo podría lograr la total erradicación del maligno sistema del apartheid mediante la intensificación de su capacidad de lucha desde el punto de vista ideológico, organizativo y militar. Además, el factor interno demostrará ser el elemento decisivo. En determinados círculos hay quienes todavía sostienen la idea de que el régimen constituye el vehículo para el cambio, interpretando deliberada y generosamente los gestos triviales de reformas de los racistas de Pretoria.

En un momento se nos dijo que la llamada política de contacto constructivo induciría al régimen a introducir cambios. Esa política estimuló al régimen a intensificar la represión interna y volverse más agresivo aún contra los países vecinos y Estados de la línea del frente. Más tarde se nos dijo que la llamada nueva constitución, que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha declarado nula e irrita, fue un paso en la dirección correcta. Por cierto, fue un paso, pero un paso hacia la derecha. Luego se nos dijo que depositáramos nuestras esperanzas en el resultado de las elecciones sólo para blancos celebradas en mayo de 1987. La victoria de tres o cuatro liberales cambiaría drásticamente la suerte de las masas desposeídas de Azania. Ultimamente se ha hablado mucho de la disposición de los intelectuales afrikaaner a dialogar con los representantes de los movimientos de liberación nacional. El resultado de las elecciones sólo para blancos del 6 de mayo de 1987 demostró claramente que esos intelectuales son individuos y no representantes de una fuerza social. De conformidad con los principios fundamentales del PAC, damos la bienvenida a esos individuos para que participen en la lucha de liberación como individuos, en lugar de constituirse ellos mismos en un grupo étnico sin partidarios.

El PAC sostiene que perseguir esos artilugios políticos solamente ayudaría a demorar la desaparición del sistema de apartheid. El pueblo debe continuar con su programa ya convenido, que refleja sus justas aspiraciones. Además, debe recurrir a aquellos métodos de lucha que sean viables en situaciones prácticas. Las masas de Azania, después de las amargas experiencias que significaron la matanza de Sharpeville de 1960 y los levantamientos de Soweto de 1976, decidieron con razón que la lucha armada debe ser la principal forma de lucha. Al respecto, nos gratifica que las Naciones Unidas hayan declarado reiteradamente que nuestro pueblo tiene el derecho legítimo de emplear todos los medios a su disposición para derrocar al régimen del apartheid, y esos medios incluyen la lucha armada.

En cuanto a esa lucha, nuestro pueblo ha desarrollado, en circunstancias difíciles, la capacidad de resistir a las fuerzas armadas del régimen racista. El Ejército Popular de Liberación de Azania (APLA), que es la rama militar del Congreso Panafricanista de Azania, está operando ahora en muchos lugares de la Sudáfrica racista, tanto en las zonas urbanas como rurales. La sola presencia del APLA ha aterrorizado a los dirigentes del apartheid y ha estimulado a la mayoría oprimida a intensificar su justa lucha. Las masas de Azania han declarado héroes a los combatientes del APLA que han caído.

El PAC, a la vez que considera a la lucha interna como el factor decisivo, sostiene que la lucha externa librada en el ambiente más amplio de la comunidad internacional es un factor complementario importante. En la actualidad, el régimen se encuentra internacionalmente aislado. Inclusive, sus firmes aliados de otra época ya no pueden seguir apoyando públicamente al régimen. También ha obtenido apoyo la campaña de sanciones lanzada por el pueblo de Azania por medio de sus movimientos de liberación nacional. Hoy día, todos los Estados aplican sanciones en una forma u otra contra el régimen de apartheid. Sin embargo, la forma más eficaz sería la imposición de sanciones globales y obligatorias.

Sólo los Estados Unidos, el Reino Unido y la República Federal de Alemania se han opuesto abierta y vigorosamente a que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas imponga sanciones económicas obligatorias. El pueblo de Azania felicita a aquellos Estados que han adoptado medidas contra el régimen de Pretoria y les hace un llamamiento para que transformen estas medidas individuales en medidas obligatorias impuestas por el Consejo de Seguridad. Los instamos a que continúen por ese camino. En cuanto a quienes protegen al régimen racista de la imposición de sanciones obligatorias, el pueblo de Azania tiene un derecho moral de considerarlos cómplices en la perpetuación de un sistema que la comunidad internacional ha descrito acertadamente como crimen de lesa humanidad.

El régimen racista ha entablado una campaña de terror sistemático contra los pueblos y los gobiernos de los Estados de la línea del frente y Estados vecinos. En algunos casos, el régimen racista utiliza la intimidación y el chantaje; en otros utiliza la agresión descarnada. Zimbabwe, Zambia, Swazilandia, Mozambique, Lesotho, Botswana y Angola han sido todos víctimas de la agresión de las fuerzas racistas. La visita reciente del archirracista P.W. Botha al sur de Angola es testimonio de la creciente agresión perpetrada contra los Estados independientes del Africa meridional. La continua violación por la Sudáfrica racista de la integridad territorial de un Estado soberano africano amante de la paz no puede seguir impune. Las Naciones Unidas y todos los pueblos amantes de la libertad deben exigir el retiro inmediato de todas las tropas racistas de Angola.

Quisiera aprovechar esta oportunidad para encomiar a todos los que de forma coherente han apoyado nuestra lucha dentro de los confines del sistema de las Naciones Unidas y en el seno de las distintas comisiones de la Asamblea General. Sin su vigilancia y verdadero sentido de justicia nuestros esfuerzos hubieran podido verse obstaculizados. Estamos pensando en comisiones tales como la Quinta Comisión y otras, que han sido adalides de nuestra causa con un celo que sólo los más honestos pueden manifestar. Azania siempre recordará sus honestos esfuerzos.

Permítaseme también referirme a otra cuestión vital para nuestra lucha contra el malvado sistema de apartheid, es decir, la difusión de información. Los racistas, tal y como dije anteriormente, han reprimido los medios de comunicación.

Sin embargo, nuestro pueblo sigue alentado por lo que hace por ellos la comunidad internacional y sólo se enteran de estas actividades a través de los programas de radio, entre otros los de esta institución. Por lo tanto, parecería que en momentos en que el régimen racista reprime las noticias, la comunidad internacional debiera aumentar la corriente de información dirigida a la Sudáfrica racista y las Naciones Unidas deben hacer lo mismo a través de la Dependencia de Radio Anti-Apartheid. En consecuencia, esperamos que en la reestructuración del Departamento de Información Pública no se pierda de vista este hecho. La Dependencia de Radio Anti-Apartheid es la savia que nos llega a la Sudáfrica racista.

Para concluir, deseo señalar que habiendo sido yo mismo preso político durante dos decenios conozco íntimamente lo que tiene que soportar cada preso, independientemente de su fama o popularidad. Quisiera referirme hoy aquí a tres hombres a los que recientemente han concedido la libertad después de haber cumplido largas sentencias en prisión. Son hombres comunes que quizás el mundo no haya notado; no obstante, pertenecen a la mayoría que soporta gran parte del sufrimiento del que están hechas las revoluciones pero quienes rara vez son reconocidos por ello. Puesto que se dice muy poco sobre ellos - si es que se dice algo -, el enemigo puede hacer con ellos lo que le parece. Tres de esos hombres son miembros de mi organización.

John Nkosi, quien hasta la semana pasada fue el preso político con la sentencia más larga en toda Sudáfrica, fue detenido cuando tenía 18 años por sabotaje y sentenciado en 1963 a cadena perpetua.

Michael Matsobane estuvo en Robben Island a principios del decenio de 1960, cuando se le llamaba la Isla del Diablo. Terminó su sentencia, salió de prisión y continuó la lucha. Fue vuelto a enviar a Robben Island después del levantamiento de Soweto en junio de 1976. Fue el acusado No. 2 en el juicio secreto de los 18 de Bethal. Compareció junto al Presidente Zephania Mothopeng. Por ende, también él continuó la lucha a su manera, en silencio, como la mayoría de nuestro pueblo, que sigue sirviendo una causa sagrada y sufriendo y sacrificándose por ella. Le correspondía obtener su libertad después de haber cumplido con su sentencia de 15 años de prisión, impuesta en 1979.

El tercer hombre al que quiero referirme aquí es Walter Tshikila, quien desde 1960 ha pasado tres veces por Robben Island. Junto con el Presidente y Fundador Robert Mangaliso Sobukwe había lanzado una campaña en contra de las leyes de pases en 1960. Sirvió y cumplió su sentencia y en 1963 volvió a ser capturado, cuando la mayoría de los miembros del PAC, incluida mi persona, fuimos detenidos, y una vez más cumplió cinco años de prisión. En 1975, el camarada Walter Tshikila fue arrestado por el régimen racista, torturado y enviado a Robben Island, donde fue sentenciado junto con otros ocho compañeros a 13 años de prisión. Tenía que haber terminado su sentencia en 1990.

Por lo tanto, el PAC se siente muy orgulloso por los sacrificios que hicieron estos hombres comunes, estos desconocidos, puesto que tales desconocidos son los que constituyen la mayoría. El caso del camarada John Nkosi es muy importante para nosotros en el PAC porque ha pasado dentro de la prisión más años de su vida que los cumplidos en libertad. Se le ofreció la oportunidad de una pronta liberación pero se negó a aceptarla. Por lo tanto, nos enorgullece que haya sido puesto en libertad sin transigir.

Por lo tanto, aprovecho esta oportunidad para agradecer, entre otros, al Comité Especial contra el Apartheid por habernos alentado en todo momento en nuestros años de prisión en Robben Island. Esperamos que el Comité Especial seguirá pidiendo la liberación de todos los compañeros que todavía están encarcelados, incluidos el Presidente del PAC, Zephania Mothopeng, y el compañero Jeff Masemola, quien, junto con John Nkosi, fue acusado y que, por lo tanto, hasta este momento es el más antiguo de los prisioneros políticos condenados a cadena perpetua.

Pedimos al Comité Especial contra el Apartheid que intensifique sus esfuerzos para lograr la liberación de todos los demás prisioneros políticos, incluido el camarada Nelson Mandela.

Sr. HASSAN (Emiratos Arabes Unidos) (interpretación del árabe):

Sr. Presidente: Permítame comenzar felicitándolo por la forma destacada y atinada con que usted dirige las labores del cuadragésimo segundo período de sesiones de la Asamblea General. Su liderazgo goza de nuestra admiración y agradecimiento. También deseo expresar el reconocimiento de mi delegación por los esfuerzos incansables que realiza el Comité Especial contra el Apartheid en la preparación de los informes y suministrando a la opinión pública documentos e información acerca de las políticas de apartheid del Gobierno racista sudafricano. Indudablemente, la labor del Comité Especial ha tenido mucho éxito en alertar e informar a la opinión pública mundial.

Las vicisitudes sufridas hoy día por los pueblos del Africa meridional son causadas por un sistema que fue resumido por sus proponentes en una palabra que es muy difícil de traducir a otro idioma, a saber, el apartheid, que es la separación entre los blancos y los no blancos. Esa palabra fue utilizada por primera vez en una declaración hecha por el Dr. Malan, ex Primer Ministro de Sudáfrica, en el parlamento de ese Gobierno del apartheid el 25 de enero de 1944. La filosofía del apartheid divide al pueblo de Africa sobre la base del color. Esta es una filosofía que se basa en la creencia firme de que esos pueblos no forman ni pueden integrar una sociedad homogénea bajo una sola ciudadanía sino que más bien son grupos distintos y separados de blancos y no blancos. Los proponentes del régimen de apartheid piensan que la minoría blanca está calificada, en virtud de su color, para dirigir el país y gozar de su riqueza y de los derechos y privilegios de la ciudadanía, en tanto que los no blancos deben existir en partes separadas y deben ser los esclavos de la minoría blanca.

De una población total de 31 millones de sudafricanos, hay 24 millones de negros. A pesar del hecho de que los negros y las personas de color constituyen cerca del 85% de la población, les están negados los derechos humanos más fundamentales a causa del régimen de apartheid. A nivel de gobierno, el poder está concentrado en las manos de la minoría blanca, sea en los ministerios o en los departamentos oficiales. El llamado parlamento, que está exento de negros y en el que se aplica a la letra la política de apartheid, establece categorías entre la gente: blancos, negros, indios y de color. Cada uno de esos grupos étnicos tiene su propia cámara y cada una de éstas examina las cuestiones que corresponden a la comunidad en particular. Los blancos tienen su cámara, así como la tienen los indios y los de color. Ninguna ley puede modificarse sin la aprobación de las tres cámaras, que están controladas por la minoría blanca. Esto pone de manifiesto que no hay ninguna posibilidad de iniciar ninguna ley que sea incongruente con la política de apartheid. Es irónico que más de 24 millones de negros no estén representados en ese parlamento racista.

El régimen racista de Pretoria no se limitó a aumentar la salvaje opresión a la mayoría de la población sudafricana. También sigue las políticas de agresión sobre la base de la intimidación, de la opresión y de la desestabilización militar y económica en los Estados de la línea del frente para desalentarlos a apoyar a los opositores del régimen.

Las políticas seguidas por el Gobierno de apartheid en Sudáfrica son iguales a las que se aplican en Namibia. Eso es evidente por el saqueo de los recursos de Namibia y el desplazamiento de miles de namibianos de su patria; por la confiscación de la tierra para asentar a hacendados blancos y por la destrucción de las familias por medio del desplazamiento de los habitantes, transformándolos en mano de obra barata en las haciendas y fábricas de los blancos.

La constante movilización popular en Sudáfrica refleja la decisión de la mayoría negra a deshacerse del sistema del apartheid y echar las bases para una sociedad democrática no racial. A esto le hicieron frente las autoridades del régimen racista con sus intentos de aplastar la oposición popular por medio de la extensión del estado de emergencia para abarcar a todo el país, a pesar de los llamamientos reiterados de la comunidad internacional para que le pusieran fin. La severidad de las sentencias bajo el sistema de emergencia ha aumentado mediante la proscripción y el silencio impuesto a los opositores y disidentes políticos extraparlamentarios. Al mismo tiempo, las autoridades establecieron lo que llaman

esquemas de embellecimiento en algunas comunidades negras para prevenir la resistencia, polarizar al pueblo y engañar a la comunidad internacional. El destino de Sudáfrica debe ser decidido por todo el pueblo, prescindiendo de raza, color, sexo o credo, y sobre la base de la igualdad absoluta.

Los Emiratos Arabes Unidos reafirman su apoyo a la legitimidad de la lucha heroica que libra el pueblo de Sudáfrica a fin de eliminar al apartheid y reivindicar su legítimo derecho a vivir en paz y libertad. Condenamos firmemente las medidas de opresión e intimidación realizadas por el Gobierno racista de Pretoria contra la población africana. Pedimos a la comunidad internacional que haga todo lo que esté a su alcance para lograr la liberación incondicional e inmediata de todos los presos políticos, incluido el Sr. Nelson Mandela; garantizar el retorno seguro de todos los exiliados políticos; levantar la prohibición impuesta sobre los movimientos de liberación y organizaciones políticas, y poner fin a todos los actos de opresión contra los opositores del apartheid.

El régimen racista de Sudáfrica desafía a la comunidad internacional y a las Naciones Unidas al rechazar las resoluciones aprobadas por el Consejo de Seguridad o por la Asamblea General. Pensamos que esta intransigencia debe contrarrestarse con la adopción de medidas económicas y políticas aún más firmes.

El régimen racista de Pretoria colabora en todas las esferas con el régimen de la entidad sionista racista en la Palestina ocupada, especialmente en la esfera militar, y más específicamente en la esfera de la fabricación de armas nucleares, la formación de mercenarios y la llamada lucha contra el terrorismo, esto es, combatir a las fuerzas nacionales que luchan contra el apartheid y la ocupación. Esta colaboración estratégica se basa en la similitud ideológica entre el régimen de apartheid y el Gobierno de Tel Aviv y sobre la base del deseo de consolidar el apartheid en Sudáfrica y la ocupación y expansión en el Oriente Medio. En otras palabras, la colaboración entre Israel y Sudáfrica está basada en el común denominador de ambos regímenes, a saber, su inherente animosidad contra los pueblos de Asia y Africa. Es importante reafirmar aquí que Sudáfrica y el régimen racista en la Palestina ocupada son similares en su creencia firme en la política de invasión y en la supervivencia del más fuerte. Desde su punto de vista, el más fuerte es el hombre blanco y lo que ellos llaman la cultura del hombre blanco. La filosofía de Hertzog, uno de los fundadores del movimiento sionista, está basada en dar al hombre blanco europeo el derecho de dominar Asia y Africa porque el

colonialismo, según su opinión, es una misión noble que tiene por objetivo transferir la desarrollada civilización europea a los pueblos de esas regiones. Esta filosofía se traduce en actos cotidianos por el régimen racista de Pretoria y el Gobierno de Tel Aviv.

Mi delegación rinde tributo a la lucha heroica librada por el pueblo de Sudáfrica bajo el liderazgo del Congreso Nacional Africano (ANC) para la libertad, la independencia y la igualdad. Confiamos en que esta justa lucha se verá coronada por el éxito, al igual que los pueblos de Africa resultaron victoriosos contra el colonialismo y los intentos de imponer la dependencia y la hegemonía.

Sr. POSTOWICZ (Polonia) (interpretación del inglés): En la actualidad está casi universalmente aceptado que el ocaso y la caída del aborrecible sistema del apartheid son inevitables. Solamente queda por saber si el fin sobrevendrá como resultado del cambio evolucionario, de la confrontación violenta o de negociaciones prolongadas.

Nuestro debate, pues, es importante no sólo a raíz de la evolución actual de la situación en Sudáfrica y en torno a Sudáfrica, sino también en conexión con lo que pueda hacerse rápidamente para aliviar la tirantez en la región y determinar las soluciones posibles, compatibles con las aspiraciones del pueblo y que representen un progreso real hacia el objetivo de otorgar a la mayoría negra sus derechos políticos.

También es necesario que la comunidad internacional siga presionando permanentemente al régimen racista y manteniendo al mundo entero al tanto de las atrocidades cometidas por Pretoria no sólo contra el pueblo namibiano y otros países vecinos, sino también contra su propia población, incluyendo a la infantil. La constante violación de la ley, el terror interno, el estado de sitio, los millares de detenidos, la agresión externa, el apoyo a las organizaciones terroristas de los Estados de la línea del frente, la ocupación ilegal de Namibia y la obstrucción al proceso de liberación; todo esto conforma la imagen actual de Sudáfrica. De hecho, es un "verdadero imperio del mal", como lo definió Kenneth Kaunda, Presidente de Zambia, en el discurso que pronunció durante la sesión plenaria extraordinaria del Consejo de las Naciones Unidas para Namibia el pasado mes de mayo en Luanda.

A las justas exigencias de libertad e independencia del pueblo de Sudáfrica y Namibia, el régimen racista responde con la fuerza, la violencia, la represión y el terror, que han pasado al orden del día. Pretoria hace caso omiso de todos los llamamientos internacionales a favor de reformas y del desmantelamiento del apartheid. Inclusive ha hecho hoy oídos sordos a los consejos y recomendaciones de sus propios aliados occidentales.

El rasgo más característico de la situación, sin embargo, es que cuanto más se resiste el régimen a introducir auténticas modificaciones, tanto más feroz, vehemente y generalizada se torna la lucha de la mayoría negra por sus derechos e ideas. El frente interno de lucha contra el apartheid, que ya no se compone exclusivamente de africanos negros, se consolida cada vez más. La situación está fermentando entre los sudafricanos blancos decepcionados por la política

de apartheid. El encuentro entre los representantes de diversas organizaciones e instituciones de afrikaners blancos y los líderes del Congreso Nacional Africano (CNA) en Dakar el pasado mes de julio lo prueba más allá de toda duda. Hace unos pocos años ese encuentro hubiera sido imposible. No debe subestimarse la función importante y significativa que cumplen estas organizaciones en función de la evolución futura de la situación en Sudáfrica. La reciente huelga de los mineros - la mayor registrada jamás en Sudáfrica - indica una escala cualitativamente diferente en la protesta y la lucha contra el sistema del apartheid.

Los cambios positivos de la situación en la región dependerán de la rápida iniciación del proceso de eliminación del inhumano sistema del apartheid, de la retirada inmediata de las tropas sudafricanas y del personal administrativo de Namibia, de la terminación de la agresión sudafricana contra sus países vecinos y, en la esfera interna, de la admisión y reconocimiento legal de las organizaciones que representan a la mayoría negra, incluyendo al CNA, y del inmediato comienzo de negociaciones sin ningún tipo de condicionamientos previos. Toda demora sólo contribuiría a agravar la situación en Sudáfrica, pondría en peligro la paz de la región y provocaría graves repercusiones internacionales. Debemos recalcar una vez más que los aliados occidentales de Sudáfrica y especialmente los Estados Unidos de América, conllevan una gran responsabilidad moral por lo que está sucediendo allí y por el desarrollo futuro de los acontecimientos.

Las conversaciones mantenidas en Polonia en mayo de este año con la misión de los Estados de la línea del frente y con el Presidente del Congreso Nacional Africano, Oliver Tambo, durante su visita oficial el pasado mes de agosto, nos han reafirmado en nuestra creencia de que la manera más eficaz y significativa de obligar al régimen de Pretoria a abandonar su despiadada política de apartheid sería la inmediata imposición y aplicación de las sanciones globales obligatorias previstas en el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. Polonia siempre ha sido partidaria de la aplicación de estas medidas obligatorias.

Reafirmamos una vez más nuestra solidaridad con el frente de lucha contra el apartheid de Sudáfrica y declaramos nuestro apoyo al Congreso Nacional Africano y a las demás organizaciones mayoritarias negras.

Mi delegación apoyará todas las resoluciones destinadas a acelerar el proceso de liberación del pueblo sudafricano del yugo del apartheid y del colonialismo.

Sr. PEJIC (Yugoslavia) (interpretación del inglés): La situación en Sudáfrica está empeorando rápidamente como consecuencia de la política de apartheid que practica el régimen de Pretoria. Todavía no cesan ni la opresión desencadenada, ni el terror y la explotación de la mayoría negra de la población, con su secuela de indecibles sufrimientos humanos y destrucción. El régimen racista no da muestras de estar dispuesto a entablar ningún diálogo conducente a una solución justa y pacífica y sigue tiranizando a todos los opositores al apartheid. Si permitimos que continúe esta situación, el futuro se verá teñido de sangre y sembrado de calamidades.

Una y otra vez la historia ha demostrado la imposibilidad de suprimir a sangre y fuego la decisión y la determinación de los pueblos de lograr sus derechos inalienables a la libre determinación, la libertad y la dignidad humana. No debe estar muy lejos el día en que ese sistema malvado que es la política de apartheid llegue a su fin. Sin embargo, se trata de saber qué precio deberá pagar el pueblo sudafricano por su libertad y por sus derechos humanos. ¿Es verdaderamente cierto que la comunidad internacional no puede adoptar una acción mancomunada contra el régimen racista de Pretoria?

La valerosa lucha del pueblo de Sudáfrica y la intensificación de la presión internacional están socavando los cimientos del apartheid y amenazando seriamente la supervivencia del régimen racista. Temeroso de que su hora final esté próxima, el régimen racista ha aumentado el terror y la represión en un vano intento por ahogar en sangre la resistencia popular y suprimir por la fuerza la creciente ola de cambios.

Mediante la trivial astucia legalista del denominado estado de emergencia ha disfrazado su intento obstinado de eliminar físicamente a todos los que se oponen a su política. Mata, arresta y detiene a los que se oponen al apartheid, incluidos mujeres y niños. Ha prohibido todas las formas de reunión de la población autóctona. Alienta y da protección policial a supuestos vigilantes, que hostigan y asesinan a la población negra indefensa. En un esfuerzo insensato por mantener su dominio, no se detiene ante nada, ya se trate de la guerra fratricida o de la bantustanización del país, negando así a la población negra su derecho a la ciudadanía. En una palabra, la suya es una política de terrorismo estatal y opresión despiadada de la mayoría negra.

La misma mano bañada en sangre está manteniendo a Namibia en cautiverio, negando a su pueblo su derecho a la libertad y a la independencia. Esta misma mano agresiva ataca a su antojo a los países africanos independientes de la región. Angola, Mozambique, Zambia y Zimbabwe sufren a manos de los racistas de Pretoria, que están dispuestos a desestabilizar a esos países. Hace poco tiempo, la Angola no alineada tuvo que soportar todo el peso de la ira de los racistas, que siguen ocupando parte de su territorio. Y, para desvirtuar la realidad, tratan de transformar al Africa meridional en un escenario del enfrentamiento entre bloques y de la lucha por esferas de influencia y de interés.

El régimen racista ha manifestado abiertamente que la eliminación de toda la oposición extraparlamentaria del país es la condición para la introducción de las llamadas reformas en el sistema del apartheid. ¡Qué absurda hipocresía, sobre todo si recordamos que el llamado sistema parlamentario niega el derecho fundamental al voto a una amplia mayoría de la población! Lo que verdaderamente quieren los racistas de Pretoria es mantener y fortalecer un sistema basado en la discriminación racial y la eliminación de toda forma de oposición. Sus protestas en contrario tienen por objeto engañar a la comunidad internacional y desviar su atención de los problemas sudafricanos, reduciendo así la presión que ésta ejerce.

De de todas maneras, crece la resistencia popular en Sudáfrica. Los movimientos de liberación nacional, los sindicatos, los movimientos de trabajadores negros, estudiantiles y juveniles, la iglesia y grandes partes de la población

blanca siguen luchando en forma continuada por la libertad, la libre determinación y los derechos humanos. No hay terror que pueda suprimir esta lucha.

Junto con otros países no alineados, Yugoslavia siempre ha apoyado la creación de una sociedad no racista y democrática en una Sudáfrica unida mediante el diálogo político entablado entre el régimen y los verdaderos dirigentes de la población mayoritaria. Las condiciones para el comienzo de las negociaciones son la liberación inmediata e incondicional de todos los prisioneros políticos, incluido Nelson Mandela, el levantamiento de la prohibición de las actividades del Congreso Nacional Africano de Sudáfrica (ANC), el Congreso Panafricanista de Azania (PAC) y otros partidos políticos y organizaciones, así como también la eliminación de las restricciones y la censura a la prensa, el pronto fin del llamado estado de emergencia, el retiro de las tropas de las ciudades suburbanas negras y el retorno con seguridad de todos los exiliados políticos y los que luchan por la libertad.

El creciente aislamiento internacional y la presión sobre el régimen del Pretoria son medios eficaces para que la comunidad internacional pueda promover el cambio en Sudáfrica. Las sanciones voluntarias, particularmente las impuestas por los países que han venido cooperando con Sudáfrica, ya se han dejado sentir y han comenzado a socavar los cimientos económicos y militares del régimen del apartheid.

Yugoslavia considera que las sanciones obligatorias globales impuestas al régimen racista de Pretoria en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, constituirían el único medio pacífico que queda para eliminar el régimen del apartheid y mantener la paz en el Africa meridional. Es una posición que comparte la mayoría de los demás países. Por eso es muy difícil comprender, y menos justificar, los motivos de algunos elementos importantes e influyentes que siguen renuentes a manifestar la voluntad política de sumarse a la reclamación de que se ejerza una presión firme sobre el régimen de Sudáfrica.

Los argumentos esgrimidos en contra de la imposición de sanciones obligatorias y a favor de la llamada reforma paulatina del sistema de apartheid son cada vez menos convincentes, inclusive a ojos de la opinión pública de los propios países cuyos gobiernos los propugnan. El apartheid es un delito de lesa humanidad y una grave amenaza a la paz y la seguridad internacionales, como ha sido manifestado en muchas ocasiones desde esta tribuna. Ya no puede negarse, ni siquiera pueden

negarlo aquellos que mantienen relaciones con el régimen de Sudáfrica, que este país corre el grave peligro de ahogarse en un derramamiento de sangre masivo que no haría más que dar lugar al estallido de una conflagración general y regional. El apartheid no se puede reformar; es necesario erradicarlo. La comunidad internacional tiene el deber, pues, de mantenerse unida para eliminar el apartheid y no debe vacilar en tomar cualquier medida que esté a su alcance para hacerlo. Los países que mantienen estrechas relaciones de cooperación con el régimen racista de Sudáfrica, tienen una grave responsabilidad política y moral, sobre todo los que mantienen relaciones económicas, militares y nucleares.

El apoyo unánime de la Asamblea General representaría una contribución política concreta a la lucha contra el apartheid y la discriminación racial en el Africa meridional. Pero todos los Estados Miembros deben ir más allá y no limitarse a una mera expresión de solidaridad verbal con el pueblo oprimido sudafricano. Su legítima lucha de liberación, dirigida por sus movimientos de liberación reconocidos por la Organización de la Unidad Africana (OUA), sobre todo el Congreso Nacional Africano de Sudáfrica y el Congreso Panafricanista de Azania, necesitan asistencia concreta y eficaz.

Yugoslavia, hoy como ayer, seguirá brindando su apoyo moral, material y político a la lucha que libra el pueblo sudafricano contra el apartheid, el racismo, el colonialismo y la discriminación racial, en aras de la libertad, la igualdad y la dignidad humana. Como miembro del Comité del Fondo AFRICA de los países no alineados, Yugoslavia seguirá trabajando activamente en pro de la movilización de la ayuda internacional para las víctimas de la agresión por el régimen racista, los movimientos de liberación y los Estados de la línea del frente.

Para terminar, quiero manifestar el pleno apoyo de Yugoslavia a la labor que cumple el Comité Especial de las Naciones Unidas contra el Apartheid que, presidido por el Embajador Joseph Garba, desempeña una función importante en nuestros esfuerzos mancomunados para erradicar el apartheid y la discriminación racial.

Sr. HEPBURN (Bahamas) (interpretación del inglés): No es sorprendente que el maligno sistema impuesto por el estado de discriminación y segregación racial institucionalizado, llamado apartheid, se haya dado a conocer como

"apart-hate". Tampoco es sorprendente que el sistema, a través de la agresión, la intimidación y la privación, torture a niños y reduzca a razas humanas enteras a niveles subhumanos.

También se ha hecho referencia a este sistema como un estado de terror. En ciertos aspectos, los blancos sudafricanos son como los alemanes antes de la segunda guerra mundial: están paralizados y los mantiene cautivos el miedo que ha sido implantado en ellos. El sistema de apartheid da lugar a una ideología que lleva al Gobierno de Pretoria a cometer atrocidades sin que esto afecte a sus conciencias.

En estas circunstancias, el apartheid se convierte en una religión, la arteria que da fuerza al Gobierno. Se convierte en la psicología de su pueblo al cual le da valor. Se convierte en un sistema que sustituye a una cultura y da sentido a su existencia.

La esencia del apartheid es la represión de la mayoría negra; una represión alimentada por el miedo y la polarización. Una de las principales razones para esa polarización es una sociedad insular, en donde la televisión, la radio y una gran parte de los diarios están controlados por el Estado. Esta regimentación ha afectado penosamente a los negros, en especial a los jóvenes negros, quienes se encuentran tan convencidos de la falta de sentido de sus vidas que están dispuestos a morir a la edad de 10 ó 12 años, antes que vivir degradados.

El apartheid en cualquier lugar es repugnante. Por lo tanto, debe lucharse contra él en todas las formas posibles. Todo lo que se haga para incrementar la toma de conciencia y ayudarnos a centrar la atención en las injusticias a que es sometido un pueblo que sufre, es un paso en la dirección correcta. Se debe intensificar y diversificar la comprensión de la influencia que un electorado efectivamente educado pueda tener sobre la política estatal, la educación, la capacitación y las actividades de información. Asimismo, debe aumentarse la asistencia a los movimientos que luchan contra el apartheid, sea dentro de Sudáfrica o en otros países. El filme Cry Freedom, cuya exhibición se inició la semana pasada en los Estados Unidos, constituye otro vehículo para lanzar un ataque contra el apartheid y demuestra que el arte escénico sirve como medio importante para luchar contra el apartheid.

En esa lucha, la tentación de caer en la desesperación es quizás la actitud más destructiva que la comunidad internacional pueda adoptar. Más bien, debe centrarse toda la atención en el poderoso impacto que la acción de la comunidad internacional está teniendo sobre el apartheid. Desde este punto de vista, la reciente liberación del Sr. Govan Mbeki, ex Presidente nacional del proscrito Congreso Nacional Africano y que pasó más de dos decenios en prisión, debe interpretarse como una señal de que los perpetradores del régimen de Pretoria no son totalmente insensibles. Por lo tanto, la comunidad internacional y los sudafricanos que luchan por la libertad deben continuar con espíritu de optimismo sus esfuerzos por lograr el gobierno de la mayoría.

Nuestra experiencia pasada demuestra con claridad que no es suficiente que la comunidad internacional reconozca lo que el sistema del apartheid implica como peligro inherente para la paz mundial o como negación de los derechos humanos básicos y de las libertades fundamentales. Más bien, incumbe a los Estados

Miembros de esta Organización tomar las medidas apropiadas, tanto individual como colectivamente, para seguir ejerciendo presión sobre el Gobierno sudafricano a fin de que abandone su política de apartheid, no más adelante, sino como una cuestión prioritaria.

Quienes dan largas a la imposición de sanciones económicas globales contra Sudáfrica han sugerido también que las sanciones perjudicarían los intereses negros tanto en Sudáfrica como en los Estados de la línea del frente. En realidad, son los practicantes privilegiados del apartheid los que más pueden perder. Los Estados de la línea del frente siguen demostrando una encomiable voluntad de hacer sacrificios en aras de la causa de la libertad y de la justicia.

Aunque los esfuerzos del propio pueblo sudafricano constituyen la resistencia primaria al racismo y a la injusticia, la comunidad internacional debe persistir en sus esfuerzos de apoyo. Precisamente, esos esfuerzos se pusieron de relieve hace poco, el 6 de noviembre, cuando el Reino Unido y otras naciones de la Commonwealth ofrecieron ayuda militar a Mozambique para proteger ferrocarriles, puertos y otros proyectos de desarrollo, contra ataques de los rebeldes sudafricanos. Esta decisión se tomó en octubre, en una reunión de las naciones de la Commonwealth celebrada en Vancouver, Columbia Británica. Mi delegación no puede sino esperar que este sea el comienzo de una serie de esfuerzos para proteger a los Estados de la línea del frente de los ataques de la agresión sudafricana. Sin medidas de protección, prestar asistencia a Mozambique y a otros Estados de la línea del frente, es como "cebar ganado para el matadero", puesto que los fondos de que se dispone sirven para construir nuevos blancos que luego las guerrillas destruyen.

Pero la eficacia de la acción contra el apartheid está directamente relacionada con la coordinación de estos esfuerzos. El aislacionismo y las actividades no cooperativas sólo pueden ser perjudiciales para la causa y pueden servir para incrementar los esfuerzos de desestabilización. Por muy imposible que parezca, a todos los Estados les cabe la responsabilidad porque, como lo dijo el poeta francés Maurice Blanchot, "todos somos culpables y responsables cuando no lanzamos un grito o un llamamiento contra el apartheid."

El adagio de que para todo hay una época debería añadir un rayo de esperanza a los lóbregos cielos de quienes tanto sufren, directa e indirectamente, las consecuencias del régimen del apartheid. De acuerdo con Donald Ward, que anteriormente fue editor de un periódico sudafricano,

"A largo plazo, Sudáfrica como país tiene un futuro formidable debido al calibre de su pueblo, tanto negro como blanco. Lo que hay que temer es el futuro a corto plazo."

Cuando se echa una mirada al Africa en general, lo que se ve en muchos casos es que, donde ha habido minorías blancas y mayorías negras, los temores de los blancos estaban injustificados. Esto ha quedado demostrado en países como Kenya, Zambia y Malawi, y esperamos que también sea cierto para Sudáfrica. La tragedia es que, en cada uno de estos casos, la violencia precedió a la soberanía.

En este momento es poco probable que la cuestión global de la acción contra el apartheid concite unanimidad, pero si los miembros individuales de la comunidad internacional aceptaran su responsabilidad compartida en el desmantelamiento del sistema del apartheid a través de la acción, es incalculable lo que se podría lograr.

La difunta Pauli Murray - autora, abogada, activista, feminista y clériga - escribió una autobiografía muy conmovedora titulada "Canción de una garganta cansada". Narra en forma muy aguda sus experiencias y esfuerzos en la lucha contra la discriminación racial y el prejuicio. Habla de sus esperanzas y sus sueños. Las siguientes líneas de uno de sus poemas, "Testamento oscuro", leído con motivo del funeral del Dr. Martin King, resume los pensamientos que he expresado y nos deja un mandato a todos nosotros:

"Entonces, dejen que el sueño se prolongue,
que sea la prueba de las naciones.
Que sea la búsqueda de todos nuestros días,
el latido febril de nuestra sangre,
la medida de nuestras almas ...
Que nadie pueda descansar en ninguna tierra
y nadie pueda dormir sin soñar,
que ningún corazón se detenga,
que ninguna lengua se silencie
hasta que el último hombre pueda levantarse en cualquier lugar
y alzando los hombros hacia el cielo
sea amigo y hermano de todos los hombres."

Sr. ALZAMORA (Perú): Hace unos días en la prisión de Robben Island, en Johannesburgo, un halo de luz iluminó los barrotes que aprisionan la libertad del pueblo sudafricano: la liberación de Govan Mbeki - dirigente del Congreso Nacional Africano, compañero de luchas de Nelson Mandela -, luego de 24 años de encarcelamiento, coronó una victoria en la lucha de su pueblo. Una victoria de la acción internacional contra el apartheid, en la lucha y en la ruta hacia la victoria final que sobrevendrá, como tributo póstumo a los mártires de Soweto y Sharpeville, cuando el apartheid sea totalmente erradicado. Y cuando el pueblo sudafricano sea verdaderamente el dueño de su destino en una patria no racista, democrática y justa.

Al conjuro de esa victoria, todas las conciencias libres del mundo deben reclamar en esta coyuntura que la liberación de Govan Mbeki se amplíe a Nelson Mandela, a Zephania Mothopeng y a todos los prisioneros políticos que el régimen de Pretoria mantiene en contra de la ley internacional, de la ética y de la dignidad humana.

Las Naciones Unidas consideraron por primera vez, en 1946, la política racista de Sudáfrica en una situación que constituía una verdadera ironía de la historia. Las Naciones Unidas, surgidas de las cenizas de una guerra que tuvo en el racismo uno de sus componentes más inhumanos, se enfrentaba a partir de su primer período de sesiones, a sólo un año de obtenida la victoria y consolidada la paz, al resurgimiento del racismo, esta vez, institucionalizado en el sur del Africa. Desde ese entonces han transcurrido 41 años; toda la vida de la Organización mundial. Y se ha avanzado en la lucha. Se ha obtenido aislar cada vez más al régimen racista. Se han efectuado progresos importantes en la aplicación parcial de sanciones. Se logró el embargo de armas como un compromiso obligatorio. Se ha concretado un respaldo amplio a todos los movimientos de liberación sudafricanos. Y el pueblo sudafricano, que ha hecho el mayor aporte a esta lucha, desde hace cuatro décadas con su sangre, construye la resistencia a la opresión y desbroza el camino de la victoria final.

Hoy la lucha contra el apartheid es ya universal; un combate de todos los pueblos del mundo que junto a la lucha anticolonial es una de las causas contemporáneas que convoca al más vasto movimiento mundial. Moviliza Estados, iglesias, sindicatos, intelectuales, organizaciones sociales, independientemente de las nacionalidades, los idiomas, las razas, las preferencias políticas y las clases sociales. La lucha antiapartheid es ecuménica. Ahí reside su fuerza. Y ahí reside también la seguridad de que la historia habrá de coronarla con el éxito.

No obstante todo ello, enfrentamos también otra realidad objetiva. El régimen racista subsiste. Y el sistema de apartheid también. Y la sociedad sudafricana, por efecto de la Land Act, la Group Areas Act y la Population Registration Act, continúa siendo la única en el mundo donde los derechos humanos se violan institucionalmente. Porque cuando en Sudáfrica se violan los derechos humanos no se incumple la ley, sino que se aplica la ley. Aunque parezca increíble, el edificio jurídico sobre el que reposa el apartheid está concebido para regular la violación sistemática de los derechos humanos de más de 28 millones de seres humanos. Caso sui generis, donde la ley que emerge del Estado se concibe para privar a más del 85% de la población de sus derechos elementales y de sus libertades fundamentales.

Por esta razón la lucha contra el apartheid no es sólo una demanda política. Es esencialmente, una lucha por los derechos humanos. Una lucha con una dimensión ética y moral, a la que debe subordinarse cualquier requerimiento político, militar o estratégico.

Así lo han entendido los pueblos del mundo que, a través de sus organizaciones antiapartheid en las sociedades industrializadas y en el mundo en desarrollo, han logrado sensibilizar a los parlamentos y aprobar sanciones parciales, que son importantes, pero no suficientes.

Las sanciones constituyen un instrumento legítimo y apropiado de la Carta de las Naciones Unidas, para la solución de conflictos y el mantenimiento de la paz y la seguridad. En el caso de Sudáfrica, todos sabemos que las causales para su urgente aplicación son claras y precisas. El régimen sudafricano añade al crimen del apartheid la ocupación ilegal y colonialista de Namibia, el desacato a las disposiciones del Consejo de Seguridad y la continua agresión a los Estados de la línea del frente.

Sudáfrica, así, está "sancionando" a los países de la línea del frente a través de la agresión armada, del boicot a las rutas comerciales y energéticas y de acciones que afectan seriamente su estructura económica.

Y asistimos así a una nueva paradoja. Mientras el régimen sudafricano aplica medidas coactivas, violando el derecho internacional y cobijado por la impunidad de la agresión contra los países de la línea del frente, la comunidad internacional, las Naciones Unidas, no pueden aplicar medidas coactivas legales, pues la política del veto en el Consejo de Seguridad lo impide una y otra vez.

Por todo ello es urgente que las Naciones Unidas adopten las decisiones necesarias para poner fin a las relaciones diplomáticas y consulares con Sudáfrica; abstenerse de establecer esas relaciones; aplicar plenamente el embargo de armas, sin excepción ni reserva alguna; terminar con toda colaboración económica, financiera o de otra índole, y cancelar todo tipo de cooperación militar y nuclear con el régimen sudafricano.

Ya no es posible mantener actitudes ambiguas. Y no es aceptable una suerte de doble moral frente a un caso que vulnera la concepción misma de la dignidad del hombre. Mientras el Consejo de Seguridad no adopte sanciones amplias, obligatorias y globales contra Sudáfrica, la lucha estará siempre limitada y el derramamiento de sangre recaerá crecientemente en muchas conciencias.

El Gobierno del Perú cree firmemente que la política del veto contra la libertad y la dignidad del pueblo sudafricano es un craso error histórico y político. Porque no se puede decir que se condena al apartheid cuando se continúa otorgando respaldo político, económico y diplomático al mismo gobierno que incurre en el crimen contra la humanidad.

El Gobierno del Perú es consciente de esta realidad. En su condición de país no alineado, miembro del Comité Especial contra el Apartheid; consecuente con su propia Constitución, que por mandato del pueblo consagra la lucha contra el racismo y la solidaridad con los pueblos oprimidos del mundo, expresa una vez más su firme respaldo y apoyo a la aprobación de las medidas coactivas amplias, globales y obligatorias contra Sudáfrica.

La lucha contra el apartheid es nuestra lucha contra el racismo. Prácticamente todos los pueblos aquí representados han participado en este combate contra el envilecimiento de la dignidad humana. Y en los cuatro continentes, hombres preclaros han ofrendado sus vidas en aras de esta causa. Por ello, en la demanda enérgica en favor de la libertad de Nelson Mandela y todos los presos políticos en Sudáfrica, en la reiteración de nuestro compromiso en la campaña contra el apartheid, debemos homenaje a todos quienes no cesaron en su combate ni ante la propia muerte.

Su imagen y su verbo están presentes en el fragor de la lucha que continúa. Y su memoria, más pronto que tarde, recibirá en Sudáfrica el homenaje de una victoria cierta.

Sr. OTT (República Democrática Alemana) (interpretación del inglés): Después del levantamiento de Soweto, en 1976, el gran hijo del pueblo sudafricano oprimido, Nelson Mandela, dirigió un mensaje a todos los patriotas de su país. Con grandes dificultades, se sacó el mensaje de la prisión de Robben Island. Aunque escrito tras las murallas de la prisión, contiene un análisis muy exacto de la situación que prevalecía en Sudáfrica en aquel momento. El documento refleja la firme creencia de que la lucha justa y unida de las masas contra el régimen del apartheid conducirá a la victoria. Hoy, es decir, diez años después, el mensaje es tan pertinente y significativo como antes. Un pasaje reza así:

"El suelo de nuestro país está destinado a ser escenario de la lucha más fiera y de las más duras batallas para librar a nuestro continente de los últimos vestigios del dominio blanco minoritario.

El mundo está de nuestra parte. La OUA, las Naciones Unidas y el movimiento antiapartheid siguen ejerciendo presión contra los mandatarios racistas de nuestro país. Todo esfuerzo por aislar a Sudáfrica añade fuerza a nuestra lucha. En todos los niveles de nuestra lucha, dentro y fuera del país, se ha logrado mucho y queda mucho por hacer. Pero la victoria es segura."

El mundo está de nuestra parte. Esta es una declaración clara y llana. La interpretamos en dos sentidos: como un tributo a todas las fuerzas progresistas por exhibir una activa solidaridad con el pueblo sudafricano y el apoyo en su lucha contra el apartheid y como un llamamiento para redoblar los esfuerzos para una eliminación rápida de ese sistema antihumano. El camino hacia esa meta está delineado en el mensaje, es decir, aislar al régimen de Sudáfrica. Hoy esa exigencia es más urgente que nunca, ya que la situación en el Africa meridional ha empeorado cada vez más.

No podemos menos que advertir con preocupación que ha aumentado el terror del régimen sudafricano dentro del país y que su agresividad atraviesa las fronteras. El sistema del apartheid constituye el principal obstáculo al desarrollo pacífico y próspero de los pueblos de la región y plantea una amenaza creciente a la paz y la seguridad internacionales.

Los documentos de distintos órganos de las Naciones Unidas y de organismos especializados contienen una prueba indiscutible que ilustra acerca de la escalada de la política antihumana del apartheid y de la violencia. El informe reciente del Comité Especial de las Naciones Unidas contra el Apartheid demuestra que los derechos de la población no blanca en Sudáfrica son pisoteados constantemente. La minoría dominante la utiliza únicamente como mano de obra barata y como objeto de explotación. Su respuesta a cualquier resistencia es el asesinato, la prisión y la acción arbitraria de la policía. Tampoco los racistas perdonan a las mujeres y los niños. Pero el informe del Comité Especial describe asimismo la forma en que ha aumentado la lucha contra estas violaciones masivas de los derechos humanos cometidas por el régimen del apartheid y cómo se ha hecho más fuerte tanto dentro como fuera de Sudáfrica.

Mi delegación desea dar las gracias al Comité Especial contra el Apartheid y a su Presidente, el Embajador Joseph N. Garba, por la contribución excelente que han realizado para movilizar a la opinión pública mundial en apoyo a las acciones contra el régimen de Pretoria.

Bajo las condiciones de un estado de emergencia estricto y de movilización general del ejército y de la policía, el 6 de mayo de este año se celebraron elecciones falsas en Sudáfrica, de las cuales se excluyó a las cuatro quintas partes de la población. El derecho a votar sólo lo tenían 3 millones de blancos, lo que revela el carácter absurdo de las elecciones. La idea de Botha era obtener la bendición de la mayoría blanca para su política de apartheid y de terror, que encubre con promesas de reforma. Pero la huelga masiva de protesta el día en que se celebraron las elecciones, acatada por alrededor de 1.500.000 trabajadores negros y más de 500.000 estudiantes y escolares, demostró que la mayoría del pueblo sudafricano que sufre privaciones no se dejará intimidar ni por falsas elecciones, ni por el persistente terrorismo de Estado ya que el futuro del país les pertenece. Otra manifestación en este sentido fue la poderosa huelga de los mineros sudafricanos del mes de agosto último. Se demostró que la población oprimida, cuando se une en la acción, constituye un factor primordial en la lucha por la erradicación del apartheid y está dispuesta a hacer grandes sacrificios a los efectos de poner fin al sistema inhumano. También es muy significativo que las empresas transnacionales, junto con las sudafricanas, hayan aplicado los métodos más brutales para reprimir la huelga. Ellas son cómplices en los crímenes del apartheid.

A pesar del aumento del terror del régimen racista, las actividades de los opositores del apartheid se han incrementado constantemente en alcance y significación, y cada vez más los blancos, con criterio realista, van estrechando sus filas. Un ejemplo elocuente lo apreciamos cuando en el mes de julio último un grupo representativo de sudafricanos blancos se reunió en Dakar con representantes del Congreso Nacional Africano (ANC) para discutir las vías que permitan llegar a una solución pacífica de los problemas en Sudáfrica y los aspectos específicos de medidas conjuntas para la eliminación del apartheid. Mi Gobierno considera que esa reunión es un paso alentador en la dirección correcta, pues indica la existencia de

posibilidades para superar el apartheid a través de medios políticos. Mas aún, en la resolución del ANC se expresó que se buscarán los medios para una alternativa democrática y no racial conjuntamente con todos los sudafricanos que tengan esa voluntad y estén dispuestos a hacerlo.

Ya he señalado la creciente agresividad externa del régimen. Nos hemos enterado con gran indignación de la agresión permanente de los racistas contra Angola, perpetrada desde Namibia que está ocupada ilegalmente, y de la masiva concentración de tropas sudafricanas en la frontera con aquélla. Por primera vez Pretoria tuvo que reconocer lo que todo el mundo ya sabe; que está luchando junto a los bandidos de la UNITA en Angola. Esta nueva agresión, así como los ataques constantes de los comandos sudafricanos contra otros Estados de la línea del frente y las matanzas perpetradas por bandas en Mozambique, demuestran que la totalidad del Africa meridional no puede encontrar la paz mientras siga existiendo el sistema del apartheid. La política de agresión y desestabilización de Sudáfrica contra los Estados en la región ha tenido terribles consecuencias. Según informaciones recientes de la Conferencia de Coordinación del Desarrollo del Africa Meridional (CCDAM) estas políticas causaron daños a los Estados de la línea del frente por un total de 28.000 millones de dólares de los EE.UU. entre 1980 y 1986.

Los objetivos de los racistas son obvios: detener la marcha de la historia mediante el chantaje y el uso de la fuerza militar e impedir que los Estados de la línea del frente prosigan un camino independiente de desarrollo y puedan demostrar su solidaridad con la lucha de liberación nacional.

En vista de esta situación tienen una gran responsabilidad aquellas fuerzas imperialistas que hasta el día de hoy han apoyado de muchas maneras al régimen de Pretoria. Las empresas transnacionales han demostrado ser aliados seguros del régimen racista y un factor determinante que asegura el mantenimiento del sistema del apartheid.

Nuestros tiempos también requieren una voluntad política orientada hacia la acción por parte de quienes han colaborado hasta ahora en distintos campos con el régimen de Pretoria. Unos cuantos países occidentales ya han impuesto sanciones limitadas contra el régimen del apartheid. Acogemos con beneplácito esas acciones, pero debemos declarar que todavía no han asumido un alcance que impida al régimen persistir en su política represiva.

La cuestión clave es - y sigue siendo - la imposición de sanciones obligatorias amplias, en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. El voto negativo de los Estados occidentales contra tales sanciones en el Consejo de Seguridad apoya al régimen del apartheid e impide su aislamiento, que significaría su colapso.

También la reciente reunión cumbre de la Organización de la Unidad Africana (OUA) hizo un llamamiento a los miembros occidentales permanentes del Consejo de Seguridad y a los demás socios principales que comercian con Sudáfrica para que apliquen sanciones obligatorias amplias.

La posición de principios de mi país fue expuesta nuevamente por el Jefe de Estado de la República Democrática Alemana, Erich Honecker, cuando se reunió con el Presidente del Congreso Nacional Africano (ANC), Oliver Tambo, el 10 de noviembre en Berlín. Erich Honecker aseguró la firme decisión de la República Democrática Alemana de continuar sus esfuerzos activos en aras de la paz y para trabajar conjuntamente con todos los países que estén dispuestos a hacerlo, en aras de una solución política pacífica de todos los conflictos y controversias.

Asimismo, en el futuro y dentro del marco de nuestras posibilidades, brindaremos ayuda y solidaridad a los Estados independientes y a los movimientos de liberación en el Africa meridional en su lucha por la paz y el progreso social, por la eliminación del apartheid, por la creación de una Sudáfrica unida, democrática y no racial, así como por la independencia de Namibia.

Se hará realidad lo que predijo Nelson Mandela.

Sr. ALATAS (Indonesia) (interpretación del inglés): La Asamblea General trata la cuestión del apartheid en un momento en que todo el espectro de la conflagración racial a ultranza amenaza a Sudáfrica. La situación interna y en el Africa meridional en su conjunto ha empeorado tanto que la tragedia humana adquiere proporciones impensables y aparece como inevitable. A menos que se adopten medidas drásticas y rápidas, todos los esfuerzos que se realicen para que la persuasión y la negociación lleven a la solución del problema pronto se habrán desvanecido. Este sentido de presentimiento, que comparte el mundo, señala la necesidad urgente de dismantelar el odioso sistema del apartheid, reemplazándolo por un orden democrático y no racial, mientras todavía existen condiciones para una transformación pacífica.

Resulta importante reconocer que lo que ha venido ocurriendo en Sudáfrica en los últimos tres años señala que se está produciendo un cambio cualitativo en el ciclo de represión brutal y de resistencia heroica aunque dispersa que por decenios ha caracterizado la situación en esa tierra atormentada. La sociedad sudafricana se encuentra hoy en medio de un levantamiento sin precedentes, atrapada en un alzamiento a escala nacional, que enfrenta a la minoría racista fortificada a una mayoría negra cada vez más consolidada, utilizando el más moderno armamento del terror estatal contra el ideal más poderoso y universal de la libertad, la justicia

social y la dignidad humana. En realidad, el régimen de Pretoria ha quedado tan estremecido por la resistencia continuada, que en junio de este año no tuvo más remedio que volver a imponer el estado de emergencia por tercera vez en un número consecuente de años.

La carnicería resultante desencadenada por las fuerzas de seguridad del régimen, bajo la cobertura de medidas de emergencia draconianas, ha sido relatada de manera gráfica y detallada por el Comité Especial contra el Apartheid. Su informe anual a la Asamblea General, que figura en el documento A/42/22, es de triste lectura y describe hasta qué punto los dirigentes de un régimen moral y políticamente en bancarrota están dispuestos a llegar en su intento desesperado de perpetuar una doctrina repugnante y un sistema racial intolerante y discriminatorio.

El hostigamiento creciente a todas las formas de oposición en el país se refleja en el acrecentamiento de los arrestos masivos arbitrarios, en las detenciones sin acusación ni juicio, en el linchamiento por los llamados grupos vigilantes, las torturas y otros actos de violencia e intimidación provocados por el Gobierno. La consecuencia es que el número de víctimas inocentes, incluyendo mujeres y niños, ha alcanzado proporciones de genocidio.

Sin embargo, el informe revela también que la creciente furia y brutalidad del régimen racista no ha logrado doblegar ni apaciguar la rebelión popular. Hoy la oposición en Sudáfrica está mejor coordinada y más integrada que nunca, y los sindicatos, asociaciones estudiantiles y juveniles, instituciones religiosas y diversas organizaciones de base se han soldado en una ola irresistible de resistencia. Además, se ha manifestado un nuevo nivel de militancia organizada a través de una amplia sección de la mayoría negra, bajo la dirección del ANC y del PAC, los dos movimientos nacionales de liberación sudafricanos que siempre han estado a la vanguardia de la lucha por la total erradicación del apartheid. Evidentemente, el mito del poderío monolítico del régimen de Pretoria se ha visto agrietado y su confianza en la fuerza bruta militar ya no puede someter el fervor revolucionario de la Sudáfrica negra.

La política y las prácticas represivas y belicosas de Pretoria no se limitan al interior de Sudáfrica, a sus propias fronteras, sino que también esparcen la destrucción y la muerte en la región circundante. Además de mantener 100.000 efectivos en Namibia para apoyar su ocupación ilegal y la explotación

del Territorio, persiste en incesantes actos de agresión, de subversión y de desestabilización contra los Estados de la línea del frente, entre los que se encuentra la permanente ocupación militar de partes del sur de Angola.

En este contexto, sólo me referiré al informe recientemente publicado por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), titulado Children on the Front Line que nos da un relato despiadado de la barbarie con que el régimen racista continúa su guerra no declarada en el Africa meridional. El informe hace notar que a Sudáfrica incumbe la responsabilidad directa e indirecta por la horrible muerte de 535.000 niños de Angola y de Mozambique, menores de 5 años y que las vidas de otros 15 millones de personas en los Estados de la línea del frente y en los países vecinos están en peligro inminente a raíz de los golpes militares y de los actos de represalia económica y de sabotaje infligidos por Pretoria y sus títeres en la región. Además, hay incontable número de vidas en peligro por la extensa destrucción de la agricultura y otras infraestructuras de desarrollo que tiene lugar en los Estados independientes del Africa meridional.

Estos hechos y estadísticas no hacen más que confirmar la dura realidad que crea Pretoria al acrecentar su hegemonía militar e intensificar su dominación económica sobre toda la región del Africa meridional.

Sabemos que hay quienes arguyen que gradualmente, con el correr de los años, el régimen de Pretoria ha instituido ciertos cambios y mejoras en el sistema y que es necesario alentar estas reformas paulatinas. A este respecto, entre otras cosas, señalan la atenuación o la abolición de algunas leyes, la proclamación del plan constitucional de participación en el poder y la reciente introducción de supuestos planes de mejoras en algunas comunidades y municipalidades negras.

Sin embargo, teniendo en cuenta el sangriento historial del régimen por su constante represión interna y agresión externa, su arrogante intransigencia y su duplicidad impenitente, compartimos la opinión de la mayoría negra de que estas supuestas reformas no son más que intentos cínicos tendientes a atenuar temporariamente su resistencia, ganarse la buena voluntad de algunos sectores de la población y volver a engañar a la comunidad internacional.

La abolición de la Inmorality and Mixed Marriage Act, la suspensión de la ley de pases, el propuesto Consejo Estatutario Nacional y otros cambios superficiales no han modificado ni modificarán los principios fundamentales del apartheid, tal como están consagrados en la Race Classification Act, la Population Registration Act, la Group Areas Act, la política de bantustanes y territorios patrios y la ideología fundamental de la segregación o separación racial y étnica.

Aunque se ha declarado en reiteradas oportunidades, vale la pena repetir que un sistema intrínsecamente tan inhumano e injusto como el apartheid no puede reformarse y debe erradicarse por completo. En lo que se refiere a quienes todavía creen que se podría razonar con el régimen de Pretoria o que se podría tener con él un contacto constructivo para persuadirlo a que se modifique, el mismo historial muestra que con ese enfoque, en vez de que Sudáfrica se moderara, solamente se consiguió alentar al régimen racista, en su obstinado desafío de la censura mundial, a utilizar esos contactos en pro de sus tortuosos objetivos. En una sociedad donde la raza se ha convertido en el elemento supremo del poder político y el orden jurídico, no podemos abrigar la esperanza de conmovir a sus dirigentes sólo mediante la presión moral o la persuasión.

Al igual que otros, hemos celebrado la reciente liberación del Sr. Govan Mbeki y otros cuatro presos políticos. Consideramos este hecho por lo menos como un reconocimiento tácito de Pretoria de que su táctica de dividir para reinar no ha logrado en absoluto menoscabar el apoyo de las masas oprimidas a sus movimientos de liberación nacional. Si Pretoria espera que asignemos verdadera importancia a esta medida tendrá que demostrar que esto no es más que un primer paso, porque Nelson Mandela, que ha venido a simbolizar la lucha indomable de la mayoría negra contra el yugo racista, todavía sigue en la cárcel desde hace un cuarto de siglo. Por lo tanto, continuaremos insistiendo en su liberación inmediata e incondicional, así como en la de Zephania Methopeng y otros presos políticos y víctimas de la infame ley de seguridad interna. Sólo levantando el estado de emergencia, derogando la

proscripción de los movimientos de liberación nacional y permitiendo el retorno a la sociedad de los patriotas y de todos los exiliados políticos podrían crearse las condiciones necesarias para la realización de un diálogo y unas negociaciones significativas entre el régimen y los auténticos dirigentes del pueblo oprimido.

Asimismo, nos alienta observar algunas tendencias positivas en la campaña mundial para imponer sanciones a la Sudáfrica del apartheid. En los últimos años, inclusive los Estados que al principio se habían opuesto a esas medidas han comenzado a aplicar sanciones específicas y embargos voluntarios. En un primer momento, las medidas adoptadas por los países que mantienen vínculos estrechos con Sudáfrica fueron vistas como actos importantes que indicaban una disposición a dejar de lado definitivamente los intereses egoístas y las consideraciones económicas de corto alcance que han orientado hasta ahora las políticas de sus respectivos gobiernos. Pero cuando el Consejo de Seguridad se reunió en febrero pasado para examinar la aplicación de las sanciones económicas específicas previstas en su resolución 569 (1985) e incorporar en una resolución única todas las sanciones ya impuestas individualmente por los Estados Miembros, esa propuesta tan limitada mereció una vez más el veto de dos Estados miembros permanentes del Consejo.

Ese hecho deplorable demuestra que esos Estados no tenían intención alguna de cumplir sus propias decisiones y que sus medidas unilaterales habían sido adoptadas únicamente para aplacar a la opinión pública o para aplazar la adopción de sanciones más importantes, porque ellos saben como nosotros que la estructura del apartheid sudafricano no cederá ante gestos tibios y medidas aisladas. Mi Gobierno hace mucho tiempo está persuadido de que la imposición de sanciones globales y obligatorias en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas sigue siendo el único medio eficaz para poner fin al apartheid de manera pacífica.

Ha llegado el momento de ejercer la máxima presión política sobre quienes todavía se muestran renuentes a cortar todo apoyo político, militar y económico al régimen racista. Como miembro del Comité Especial contra el Apartheid, el Consejo de las Naciones Unidas para Namibia y también del Grupo Intergubernamental encargado de vigilar el abastecimiento y el transporte de petróleo y productos derivados del petróleo a Sudáfrica, recientemente creado, Indonesia está totalmente dispuesta a obrar de consuno con la comunidad internacional para lograr el total aislamiento del régimen de Pretoria.

El esfuerzo tendiente a lograr un programa global de sanciones debe ir acompañado de un mayor apoyo político, material y de otra índole a los pueblos de Sudáfrica y Namibia y a sus movimientos de liberación en su lucha legítima contra la opresión racista y colonial. Asimismo, los Estados de la línea del frente están pagando un precio muy alto por su papel indispensable y loable en esa lucha y se les deben proporcionar los medios para disminuir su vulnerabilidad ante las presiones económicas y militares del régimen racista. Además de los fondos y programas con que ya cuentan las Naciones Unidas, esa asistencia debería canalizarse mediante la Conferencia de Coordinación del Desarrollo del Africa Meridional y el Fondo AFRICA, recientemente creado por la octava reunión cumbre de los Países No Alineados, celebrada en Harare.

Las Naciones Unidas tienen la grave responsabilidad de evitar una catástrofe de proporciones monumentales en el Africa meridional. Teniendo en cuenta el dramático deterioro de la situación existente en Sudáfrica, del cual es exclusivamente responsable el régimen de Pretoria, lo único que podemos hacer para obligar a Sudáfrica a entrar en razón es aplicarle sanciones firmes y eficaces. Deseamos creer - en realidad, lo esperamos fervientemente - que todavía está a nuestro alcance la posibilidad de lograr un desmantelamiento pacífico del apartheid y el establecimiento de una Sudáfrica no racial, democrática y unificada. Pero esto sólo podía alcanzarse si pudiéramos obligar a Sudáfrica a que renunciara a su política actual y se plegara por fin a la voluntad manifiesta de la abrumadora mayoría de la humanidad.

Sr. ARNOUSS (República Arabe Siria) (interpretación del árabe):

La Asamblea General trata este año otra vez la política y las prácticas del sistema de apartheid que el régimen de Pretoria aplica en Sudáfrica contra el heroico pueblo de Azania.

La política de apartheid o de segregación racial no es simplemente una humillación de la dignidad humana; no es simplemente una negación de la moral, la religión y la civilización; es un crimen no menos peligroso, por su contenido y sus repercusiones, que el nazismo o, ciertamente, cualquier otra ideología basada en el principio de la supremacía de una raza, una religión o una civilización sobre las demás.

La comunidad internacional decidió juzgar a los criminales del nazismo y condenarlos a muerte por los crímenes perpetrados contra la humanidad basados en el principio de la supremacía de su raza. Entonces, ¿por qué la comunidad internacional - esa misma comunidad internacional - pierde tiempo cuando se trata de juzgar a los criminales del apartheid y los crímenes que han perpetrado contra los pueblos africanos en base a su ideología que proclama la supremacía de su raza y de su color? La convocatoria a elecciones para blancos solamente en mayo de 1987 no fue más que una reiteración de esa ideología de supremacía racial.

El Consejo de Seguridad se ha reunido en varias ocasiones desde el último debate de la Asamblea General sobre este tema. Sólo en el año pasado la mitad de las sesiones celebradas por el Consejo de Seguridad se dedicaron a la situación reinante en Sudafrica y a evitar y contener la agresión que lleva a cabo contra los Estados africanos vecinos y su práctica manifiesta del apartheid.

El mundo sigue de cerca la explosiva marcha de los acontecimientos en Sudáfrica y el aumento de la rebelión contra el sistema de segregación racial. La rebelión se produce en todos los sectores de la población sudafricana. Es una rebelión contra la injusticia, el colonialismo, la explotación y la esclavitud; una verdadera revolución destinada a devolver la unidad al país y erradicar al régimen de apartheid. Se trata de una rebelión en la que el pueblo recurre a todos los medios a su alcance, inclusive la lucha armada y clandestina mediante sus movimientos de liberación nacional.

La comunidad internacional considera al apartheid un crimen de lesa humanidad. Esta política de apartheid que practica el régimen sudafricano es fuente de tiranez, inestabilidad y disensión. Es también una política que amenaza la paz y la seguridad internacionales. El régimen de Pretoria ha tratado de ahogar a la oposición mediante la prórroga del estado de emergencia y la creación de un ambiente de terror y pánico con sus detenciones y arrestos. La actual situación tan lamentable que reina en Sudáfrica exige medidas rápidas para hacer frente al deterioro de la situación en toda el Africa meridional.

El año pasado, el principal acontecimiento fue la escalada de la violencia, acompañada de una campaña de propaganda y de maniobras políticas destinadas a perpetuar la ilusión de que puede reformarse el apartheid. Pero la verdad es que el apartheid no puede reformarse sino que tiene que arrancarse de raíz.

Al hecho de que la mayoría oprimida siga luchando contra la opresión y la explotación y contra quienes le niegan el derecho a la libre determinación plena, se sumó la campaña del régimen racista de arrestos arbitrarios y detenciones sin juicio. Se produjeron espantosas masacres y se impusieron arbitrarias sentencias de muerte contra los militantes de la libertad, lo que causó muchas víctimas en todo el país.

El informe publicado por el Comité Especial en el documento A/42/22 menciona en el párrafo 24 que:

"So pretexto del estado de emergencia, las leyes básicas del apartheid se están aplicando en desmedro de la población negra en diversos ámbitos. Por ejemplo, en 1986 fueron desalojados por la fuerza unos 64.000 africanos, en comparación con 40.000 en 1985; en 1986 se detuvo a cerca de 100.000 africanos por encontrarse en lugares prohibidos ... Se está consiguiendo desalojar a las comunidades africanas mediante una combinación de intimidación, desorganización política, coerción e intervención de grupos parapoliciales. En última instancia, los desplazamientos tienen por objeto consolidar los "territorios patrios", crear entidades geográficamente cohesivas basadas en la etnia y, en definitiva, despojar a los africanos de su derecho inmanente a la ciudadanía." (A/42/22, párr. 24)

En el informe también se señala que el 40% de los 30.000 detenidos desde junio de 1986 son niños menores de 18 años. Los niños negros se han convertido en el objetivo de la opresión violenta del régimen racista de apartheid. Entre los detenidos sólo en el mes de agosto se encuentran entre 300 y 500 niños de menos de 12 años de edad, que fueron heridos gravemente, torturados con picana eléctrica, gases lacrimógenos y látigos. De hecho, algunos murieron debido a las heridas sufridas bajo tortura. Muchos de estos niños quedaron marcados por esas torturas por más de ocho meses. Algunos sufrieron quemaduras a manos de las fuerzas policíacas que emplearon agua hirviendo o plásticos candentes.

En otro frente y según la estrategia empleada por Pretoria para dominar la región, el Gobierno ha seguido aumentando sus actos de agresión y desestabilización contra los Estados vecinos, encaminados a debilitar sus economías y a perpetuar así su dependencia de Sudáfrica, convirtiéndolos en rehenes para mitigar las presiones externas e impedir la ayuda a los combatientes de la libertad, liquidando físicamente a esos mismos patriotas. De hecho, Sudáfrica ha llegado a emplear

escuadras de la muerte para asesinar y secuestrar a esos combatientes de la libertad en los Estados vecinos.

Los actos de agresión perpetrados por Sudáfrica contra Angola se repiten mediante incursiones bárbaras que realiza a partir del territorio ocupado de Namibia, al cual emplea ilegalmente como trampolín para la agresión contra Angola. Además, podemos señalar los actos de agresión contra Mozambique y Botswana y las tentativas de desestabilizar a Botswana, Zimbabwe y Zambia. Todo esto figura claramente en el informe del Comité Especial que acabo de citar.

La existencia constante de estos regímenes racistas de explotación no se debe a la capacidad de estas entidades artificiales sino al aliento y el apoyo que reciben de algunas grandes Potencias y de otros regímenes racistas semejantes que han desempeñado la misma función en otras partes del mundo. Esos regímenes racistas no habrían podido persistir en su desafío de la comunidad internacional durante tantos años ni habrían podido continuar violando la Carta de las Naciones Unidas y los principios del derecho internacional y humanitario de no ser por el apoyo económico y militar y la asistencia - tanto abierta como encubierta - que les han brindado algunos Estados occidentales y otros regímenes racistas.

Es verdaderamente risible que esos Estados que colaboran con el régimen sudafricano pretendan estar en contra de la política de apartheid o que, ciertamente, condenan esas políticas, mientras que, al mismo tiempo, no sienten vergüenza alguna en dar al régimen de Pretoria ayuda vital constante en materia de provisiones y asistencia, lo que le permite persistir en su política de apartheid y romper el aislamiento que le fuera impuesto por las Naciones Unidas y los Estados amantes de la paz. Esos Estados que colaboran con Pretoria y que en verdad son sus aliados, pretenden no colaborar en su calidad de gobiernos. Sin embargo, no pueden impedir que empresas comerciales o instituciones privadas efectúen esa colaboración.

Israel se enorgullece de estar entre esos Estados que colaboran con el régimen racista de Pretoria porque la alianza entre Israel y Sudáfrica, además del hecho de que ambos son cabezas de puente del imperialismo en dos de las más importantes zonas estratégicas del tercer mundo, está basada en las ideologías de ambos regímenes racistas, la similitud de sus condiciones y "mensaje" en el Oriente Medio y en el Africa meridional. La teoría de la supremacía racial en Sudáfrica es muy similar a la teoría de la supremacía religiosa del sionismo. Los sionistas, al igual que los afrikáners, tienen la convicción de que son pueblos elegidos, independientemente de ciertas diferencias entre las dos creencias; puede ser supremacía racial para los afrikáners, en tanto que es supremacía étnica y religiosa para los sionistas.

Esos dos regímenes fueron implantados en dos regiones diferentes por una invasión de colonos, a expensas de los habitantes originales que, debido a esos ataques racistas, o bien fueron desarraigados y dispersados o fueron sometidos a la opresión, y la dominación y obligados a vivir bajo el dominio de extranjeros, quienes aplican la peor opresión posible y la discriminación religiosa y racial.

El informe del Comité Especial contra el Apartheid (A/42/22/Add.1) señala que Israel es el mayor proveedor de armas de Sudáfrica, con ventas anuales en ambos sentidos por valor de más de 1.000 millones de rand. Sin embargo, más importante estratégicamente es la cooperación secreta en materia de técnica, información e investigaciones entre las industrias de armamentos de los dos países. Sus sistemas de armamentos son prácticamente idénticos. Por ejemplo, el proyectil Scorpion de navío a navío se deriva del proyectil israelí Gabriel, mientras que el Cheetah, la versión mejorada sudafricana del avión de caza de retropropulsión Mirage III, incorpora elementos electrónicos obtenidos cuando Israel mejoró su Mirage para

producir el caza Kfir 6. El sistema de navegación Cheetah fue construido por Altah, una filial de la empresa Israel Aircraft Industries y su sistema de armamentos fue construido por la propia Israel Aircraft Industries. El motor Cheetah Atar 9 tiene también una conexión israelí. Sin embargo, otro informe de prensa señaló que Israel vendía armas a Sudáfrica por valor de 1.260 millones de rand a 1.680 millones de rand por año.

Estamos convencidos de que las medidas mencionadas por el Comité Especial como impuestas por Israel contra Sudáfrica son simplemente de orden propagandista destinadas a ocultar la cooperación encubierta a gran escala entre los dos regímenes racistas. A pesar de que esas medidas fueron señaladas en el informe, los miembros del Comité Especial llegaron a la conclusión de que son más bien ambivalentes, dejan muchos resquicios y se hallan limitadas por excepciones; por ejemplo, excepcionalmente, es posible hacer nuevas inversiones, los bancos israelíes pueden conceder préstamos a Sudáfrica, las importaciones de hierro y de acero no se interrumpirán, los vínculos culturales continuarán, a menos que no sean contrarios "a la opinión básicamente negativa del Estado de Israel sobre el régimen de apartheid". Tampoco se mencionan los actuales contratos en las esferas militar, nuclear y científica. Además, el informe dice que todavía no está claro en estos momentos hasta qué punto aplicará Israel las medidas anunciadas. Sin embargo, las decisiones permiten a Israel continuar las ventas militares secretas a Sudáfrica básicamente en las mismas condiciones que antes, por cuanto el Gobierno no ha anunciado ninguna fecha para poner fin a los contratos de armamentos estrictamente confidenciales ni ha aclarado la suerte de los celebrados anteriormente que todavía están en vigor.

El mundo verá que no importa las concesiones que se hagan a los regímenes imperialistas y racistas, éstos sólo se obstinan más y exigen más para responder a sus objetivos. Esto se hará totalmente claro cuando lleguemos a votar sobre los proyectos de resolución bajo este tema y la aplicación de esas resoluciones.

Mi delegación cree que las sanciones obligatorias es el único idioma que entiende Pretoria. La comunidad internacional debe tomar medidas decisivas e inmediatas con ese objetivo. Mientras no se haga así, esos pueblos que no están recibiendo un trato justo de parte de las Naciones Unidas no tienen otra elección que continuar su lucha por obtener de nuevo sus derechos usurpados. Los pueblos

cuyas tierras fueron ocupadas por la fuerza no tienen más alternativa que continuar su lucha de liberación de su país. Este es un derecho legítimo consagrado en la Carta.

Siria condena la colaboración entre los dos regímenes racistas. Condenamos, además, todas las formas de colaboración con el régimen de Pretoria. Apoyamos la lucha del pueblo de Azania por su liberación bajo el liderazgo del Congreso Panafricanista de Azania y el Congreso Nacional Africano para la eliminación del régimen de apartheid. La República Arabe Siria y su pueblo siempre han apoyado la lucha de los pueblos por la liberación en cada batalla que han sostenido en el Asia, Africa y América Latina, porque están convencidos de que la lucha por la libertad es indivisible y de que la victoria de un movimiento de liberación en una parte del tercer mundo debe tener repercusiones directas en la lucha de otros pueblos en cualquier lugar del mismo tercer mundo. Sobre esta base hemos apoyado siempre y seguiremos apoyando con todos los medios a nuestra disposición los movimientos de liberación africanos en Azania y en Namibia. Seguiremos haciéndolo hasta que llegue la aurora de la libertad a esa importante parte del mundo, hasta que los pueblos africanos y árabes se hayan librado de esos regímenes racistas y hasta que los regímenes racistas sucumban uno tras otro bajo los golpes de las fuerzas de liberación nacional en el mundo árabe y africano. La dignidad humana prevalecerá y la libertad se logrará finalmente, sin importar cuán larga sea la noche de la injusticia.

Sr. PITARKA (Albania) (interpretación del inglés): La cuestión que considera la Asamblea General no es nueva ni poco familiar. Hace ya años que en este mismo recinto y en otros foros internacionales se ha venido colocando al régimen racista de Sudáfrica en el banquillo de los acusados por seguir una política salvaje y preservar el sistema de apartheid. Con esa misma y no disminuida indignación, la delegación de la República Popular Socialista de Albania participa una vez más en la discusión de este tema del programa en el actual período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Verdaderamente, la situación en Azania es demasiado trágica y difícil para ser expresada con palabras. El sistema vigente de apartheid ha privado a las masas populares de sus más elementales derechos. Pero ni siquiera la censura severa impuesta por las autoridades racistas ha podido impedir que la opinión pública mundial se entere de la situación allí existente. La información que llega al mundo exterior hace que la sangre se enfríe en las venas. Atestigua que la violencia y el terror son las características permanentes de la vida diaria en Azania. La opresión masiva se ha convertido en ley. Los fascistas sudafricanos no se detienen ante nada en la prosecución de su política racista. Disparan y asesinan a gente inocente, a manifestantes y a huelguistas, por más pacíficos que sean. Durante este año solamente la opinión pública mundial tomó conocimiento de innumerables crímenes de esa clase perpetrados contra la población de Azania. Una vez más, las calles de las ciudades de diversas regiones del país se vieron bañadas con la sangre de cientos de inocentes que condenaban el dominio de la minoría racista blanca y exigían su derrocamiento.

La ferocidad de la que últimamente hacen gala los racistas sudafricanos contra el pueblo de Azania no es en modo alguno una prueba de la fuerza y la estabilidad del régimen que ocupa el poder. Por el contrario, el uso cada vez mayor de la violencia sanguinaria constituye una evidencia de que los círculos dominantes en Pretoria están sintiendo los golpes de la resistencia y de la ira de todo un pueblo que no puede permanecer por siempre bajo el dominio de la opresión y del desprecio racial, encerrados en bantustanes que no son otra cosa que el equivalente moderno de los campos de concentración. Del mismo modo, la sangre derramada en las calles no permitirá a los racistas sudafricanos fortalecer sus posiciones. Ciertamente,

podrán dispersar una manifestación, poner fin a una huelga determinada y encarcelar a miles de personas, pero esto a su vez - como está sucediendo en la realidad - sólo hará mayor la reacción de las masas populares. El derramamiento de sangre agudiza el odio, la violencia genera oposición, la pobreza y la explotación aumentan las protestas. La historia es testigo de que esto siempre ha ocurrido dondequiera que los regímenes reaccionarios, racistas y fascistas han accedido al poder. El régimen racista de Sudáfrica no es ninguna excepción.

La obstinación con que el régimen racista de Sudáfrica prosigue su política de apartheid también ha sido blanco de la condena de numerosos representantes en sus declaraciones durante el curso de este debate, especialmente de los que provienen de países africanos. Es contra este telón de fondo que se habla de imponer sanciones contra el régimen, de prohibir las exportaciones de armas a Sudáfrica y de poner fin a la concesión de facilidades para la manufactura de armamentos. La lógica más elemental y especialmente la justicia, exigen que se corten todos los lazos con semejante régimen criminal que, contrariamente a todos los valores morales, a todas las normas del derecho internacional y a todas las decisiones adoptadas en este foro, ha masacrado durante décadas a una población entera y mantenido bajo la ocupación a otro país, Namibia, y que comete agresiones contra los demás países africanos. Quienes actúen de otra manera, ayudándole y colaborando con él, estarán colaborando conscientemente en un crimen.

Lamentablemente, esta exigencia tan justa como legal de la opinión pública mundial progresista, que se repite año tras año en esta misma Asamblea General de las Naciones Unidas no parece afectar a los racistas de Pretoria. Esto no es de ninguna manera un accidente. El cumplimiento de esta exigencia legal ha sido torpedeado y sigue siendo socavado por los poderes imperialistas, por el capital monopolista y, principalmente, por el imperialismo de los Estados Unidos. Gracias a su generalizada asistencia política, económica y militar, Pretoria no solamente se las ha arreglado para mantener una poderosa maquinaria militar sino que también se ha convertido en un importante productor de armamentos de diferentes tipos.

El imperialismo internacional - con el imperialismo estadounidense a la cabeza - no cesará de apoyar y colaborar con el régimen racista de Sudáfrica debido a los intereses vitales que mantiene en la región. Por lo tanto, el papel que desempeña este régimen en la defensa de esos intereses beneficia en gran medida al imperialismo estadounidense. Fue precisamente ese régimen el que abrió de par en par las puertas al ingreso del capital monopolista occidental, el que subastó los

vastos recursos naturales de Azania y Namibia y el que proporciona mano de obra barata a los monopolios. Más aún, en este gendarme africano del imperialismo se origina la tirantez que afecta a toda la parte meridional del continente y que ataca a Mozambique, Angola, Botswana, Zimbabwe y otros países. Si se analizan la política y las actividades del régimen de Pretoria en la parte meridional de Africa, no es difícil darse cuenta de que sus oportunidades de continuar con su política brutal y arrogante se ven enormemente favorecidas por la rivalidad imperialista entre las dos superpotencias, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, en aras de la expansión de sus esferas de influencia en el continente africano. Desde hace mucho tiempo los políticos racistas se han dado cuenta de ello y se benefician arteramente de las intenciones y de la rivalidad entre las superpotencias. De la misma manera, éstas tratan de sacar ventaja de la situación agitada e inestable creada en esa región por los racistas de Pretoria, utilizándola como excusa para interferir y aprovechándose en más de una ocasión de la difícil situación impuesta a algunos países africanos. Tanto el "contacto constructivo" de Washington como el "internacionalismo" de Moscú tienen un denominador común: la expansión imperialista en aras de la dominación y la hegemonía.

Aunque al trazar la historia de Africa no sería exagerado afirmar que destila sangre, no podemos menos que visualizar en forma optimista el día en que los pueblos de Namibia y Azania, que sufren bajo el mismo enemigo común, romperán las cadenas del salvaje yugo racista y derrocarán el dominio sanguinario de la minoría racista blanca, tal como sus antepasados africanos lo hicieron en el pasado histórico. Este optimismo no carece de fundamento. Diariamente aumenta la resistencia de los pueblos de Azania y de Namibia contra los racistas sudafricanos. Ni la violencia inhumana, ni los crímenes atroces de los que ni siquiera se libran los niños, han logrado debilitar a las amplias masas populares de esos países. Azania y Namibia están en la cresta de una poderosa ola de protestas y de lucha popular. Por otra parte, la opinión pública mundial progresista, sobre todo en Africa, no permanece indiferente ante el desarrollo de los acontecimientos en Sudáfrica. Están denunciando a los racistas africanos y obligándolos a reconocer el aislamiento cada vez mayor que se les impone a ellos y a sus patrones imperialistas. La lucha de los pueblos de Namibia y de Azania cuenta con el apoyo decidido y el aliento de todos los pueblos africanos y de todos los demás pueblos del mundo.

El pueblo albanés y su Gobierno han seguido constantemente la situación en Namibia y Azania y han condenado con profunda indignación la política de discriminación racial y de apartheid que aplica el régimen de Sudáfrica. En ninguna ocasión han dejado de denunciar el cruel genocidio y la opresión inhumana practicados contra los pueblos de esta zona por el sistema de apartheid y la política agresiva que adopta contra los demás países africanos independientes. Nuestra opinión es que la paz y la estabilidad se restaurarán en Azania y Namibia, en el conjunto de Sudáfrica, únicamente cuando sea abolido el apartheid, cuando esta odiosa mancha sea borrada del mapa de Africa.

La delegación de la República Popular Socialista de Albania aprovecha esta oportunidad para saludar la resuelta lucha de los pueblos azanio y namibiano, sus sacrificios y su decisión de coronar su lucha con la victoria final. Como siempre, el pueblo albanés es solidario totalmente con su lucha contra el régimen sanguinario de Sudáfrica. Siempre estaremos al lado de sus esfuerzos legales por obtener la libertad y la independencia y nunca dejaremos de divulgar nuestra opinión en defensa de su justa causa.

Sr. WOOLCOTT (Australia) (interpretación del inglés): Hoy en día, Sudáfrica está al borde de una tragedia masiva, pero esperamos que todavía pueda evitarse. Una combinación de un afianzado privilegio económico y político, una actitud desafiante, una visión miope, unos temores infundados y una negativa obstinada a aprovechar las oportunidades de cambio pacífico, la han llevado a esta situación que no es envidiable.

Australia sigue convencida de que el apartheid se encuentra en el centro mismo de la red malévola de violencia y miseria que aumentan dentro de la propia Sudáfrica, de la obstrucción desafiante de la independencia de Namibia y de los esfuerzos de Sudáfrica por intimidar y desestabilizar a sus vecinos africanos.

Ha pasado otro año desde que esta Asamblea considerara por última vez el tema del apartheid. Ha sido un año sombrío y oprimente para el pueblo de Sudáfrica. Todo el país se encuentra en estado de emergencia. Continúa la perturbación masiva en los asentamientos negros y los llamados de color, mientras que el Gobierno sigue atrincherando su posición y aplicando sus políticas de bantustán. A pesar de todas las palabras de Sudáfrica en cuanto a reforma, hay muy pocos hechos de los cuales podamos sacar alguna esperanza.

Frente a esta opresión continua y al desprecio masivo a los derechos humanos, es importante tanto darse cuenta y rendir homenaje a los esfuerzos de los sudafricanos de todas las razas por desafiar las políticas de su Gobierno, como reclamar un cambio fundamental. Frente a la violencia de la que son víctimas, algunos de ellos se han sentido obligados a recurrir a la violencia. Mi Gobierno no está de acuerdo con el recurso a la fuerza y a la violencia como cuestión de principio, pero no los condenará por hacerlo. Entendemos la frustración y la amargura que deben sentir como resultado del clima político, social y económico represivo e improductivo de Sudáfrica. Desde luego, sería sorprendente que quienes están siendo reprimidos no adoptaran una firme postura contra sus desorientados gobernantes.*

Queda claro que la lucha en este momento es unilateral, no en términos morales, por supuesto, sino debido al poder militar y paramilitar que se utiliza contra el pueblo de Sudáfrica. Por ello, no podemos esperar del propio pueblo de Sudáfrica que soporte todo el peso de la lucha sin ayuda. La naturaleza insidiosa del sistema de apartheid no es ya un problema interno: es un problema moral con dimensiones universales y su solución requerirá los esfuerzos de la comunidad internacional. La experiencia de los últimos 30 años ha demostrado que solamente la más firme presión internacional puede lograr un cambio genuino en Sudáfrica.

El cambio ha sido doloroso y decepcionantemente lento, pero está en camino. La presión moral sigue aumentando. Las Naciones Unidas han desempeñado un papel importante en este proceso. En particular, el Consejo de Seguridad ha tratado el problema en muchas ocasiones y ha adoptado algunas medidas obligatorias contra Sudáfrica, tales como el embargo de armas, pero queda mucho por hacer y el Consejo ha invocado sólo algunas de las medidas de que dispone. Las razones de esta inactividad son bien conocidas.

Si me permite una reflexión personal sobre este tema, yo presté servicios en la Alta Comisión Australiana en Sudáfrica desde 1954 hasta 1957, cuando Sudáfrica todavía era miembro del Commonwealth. Visité nuevamente Sudáfrica en 1983, al tiempo que visité Namibia. En 1956 llegué a conocer a personas como Oliver Tambo, el Profesor Z. K. Matthews y al Padre Trevor Huddleston. Aunque fue más difícil, también tuve interesantes conversaciones con algunos líderes negros y con otros

* El Sr. Icaza Gallard (Nicaragua), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

en 1983. Entonces, puedo hablar con cierta experiencia personal sobre la forma en que durante los últimos 30 años la situación en esa tierra hermosa pero trágica se ha deteriorado a medida que la perniciosa política de apartheid ha desfigurado y brutalizado cada vez más a Sudáfrica.

Desde un punto de vista personal, después de dejar Sudáfrica tuve un sentimiento de decepción por haber disfrutado allí de los privilegios de la vida de un diplomático blanco, sin hacer más por exponer las indignidades y lo que, en última instancia, es la autodestrucción del apartheid. Naturalmente, ningún diplomático por sí solo puede cambiar el mundo, pero cada uno de nosotros tiene la obligación de intentar hacer de él un lugar más justo y mejor.

Recordé esto cuando vi este fin de semana la emotiva película de Sir Richard Attenborough, titulada "Cry Freedom". En algún momento uno de los líderes negros dice algo a un editor blanco de un periódico, en el sentido de que "ya han terminado los días en que un número relativamente pequeño de blancos dirige un país negro. Eso va a cambiar, sea en asociación o con derramamiento de sangre". Hay una verdad esencial en este comentario de la película. Fue cierto la primera vez que estuve allí, es cierto y demostrará ser cierto. El hecho trágico es que las oportunidades de cambio en asociación están disminuyendo con cada mes que pasa, mientras que el riesgo de la violencia y el derramamiento de sangre aumentan inevitable e incomprensiblemente.

Frente a esta situación, países como Australia creen que la incapacidad del Consejo de Seguridad de actuar decididamente hasta el momento no debe utilizarse como excusa para seguir sin actuar. La propia Australia ha adoptado medidas contra Sudáfrica, sea por derecho propio, sea conjuntamente con países que piensan de igual modo. Lo hemos hecho así basándonos en nuestra condena absoluta de apartheid y nuestro odio a los principios en que se basa. El apartheid es una filosofía totalmente extraña a la forma de vida de Australia y a la sociedad multicultural que estamos construyendo.

Al elegir medidas a adoptar contra Sudáfrica nos hemos orientado por varias consideraciones. Algunas de nuestras sanciones tenían un objetivo específico, como nuestra prohibición de los intercambios de deportes representativos entre Australia y Sudáfrica, el cese de las comunicaciones aéreas y nuestra retirada de servicios consulares para la emisión de visas desde Sudáfrica. Estas medidas están destinadas en particular a los blancos sudafricanos y tienen por objeto convertirlos en instrumento del cambio dentro de Sudáfrica.

Otras medidas han tenido un objetivo más amplio. En esta categoría, quisiera resaltar varias sanciones adoptadas por Australia, junto con nuestros asociados del Commonwealth. Estas medidas incluyen: la prohibición de exportaciones a Sudáfrica de petróleo y productos del petróleo, equipos de computadoras y otros productos que puedan ser de utilidad a las fuerzas de seguridad sudafricanas; una prohibición de nuevas inversiones en Sudáfrica; el fin de toda la asistencia estatal para inversiones en Sudáfrica y el comercio con ese país; una prohibición de nuevos préstamos bancarios a Sudáfrica; una prohibición de todas las adquisiciones estatales en Sudáfrica, de la promoción del turismo a ese país y de los contratos estatales con compañías que sean de propiedad mayoritaria de compañías sudafricanas, y una prohibición de importación de uranio, carbón, hierro y acero procedente de Sudáfrica.

Todas estas medidas ya forman parte de la legislación y la política australianas. Algunas de ellas nos han perjudicado, pero todos los países tienen que aplicar las sanciones para que éstas sean verdaderamente efectivas. El horror que se siente contra el apartheid es internacional. Las medidas para lograr su eliminación deben tener el mismo ámbito internacional.

Todos los años, en la Asamblea General y en el Consejo de Seguridad oímos condenas del apartheid en Sudáfrica; pero éste continúa. Las resoluciones de la Asamblea General han sido ignoradas. También el Consejo de Seguridad se ha visto paralizado por una mezcla de desafío por Sudáfrica y la utilización del veto por aquellos miembros permanentes que no están dispuestos a apoyar las sanciones obligatorias contra Sudáfrica, alentando así en forma indirecta el propio sistema que condenan.

Lamentablemente, lo que hemos hecho a través de las Naciones Unidas hasta el momento hay que considerarlo como inadecuado. El apartheid se ha mantenido durante toda la vida de esta Organización y aún persiste. Pero, inevitablemente, sus días están contados. Inevitablemente, prevalecerá la justicia. No podemos considerar estos debates simplemente como un rito que se repite. Debemos mantener la presión. Ha llegado, por cierto, el momento de aplicar sanciones significativas en forma general contra Sudáfrica, para que el Gobierno de ese país rico y hermoso, pero trágico, entre en razón.

Sr. GYI (Birmania) (interpretación del inglés): Este año, una vez más, la política sudafricana del apartheid, que sigue negando a la mayoría de la población el derecho que tiene como pueblo, ocupa la primera plana del programa de las Naciones Unidas. Desde que este tema se trató en el seno de las Naciones Unidas por primera vez, la delegación de Birmania se ha venido sumando constantemente a la comunidad internacional en su oposición al apartheid, por lo que la declaración que pronunciaremos hoy es una ratificación de nuestra posición permanente en contra del apartheid y nuestra condena sin equívocos a este sistema en todas sus formas y manifestaciones.

En este momento en que la Asamblea General sigue examinando este tema, la sombra nefasta del apartheid sigue pesando sobre el Africa meridional y la tragedia continúa, mientras el sufrido pueblo de Sudáfrica sigue sin disfrutar de los derechos humanos más fundamentales y la violencia y la agresión no hacen más que perpetuar un sistema tan odioso como éste.

En su memoria sobre la labor de la Organización, presentada este año a la Asamblea General, el Secretario General describe brevemente la situación imperante en los siguientes términos:

"En Sudáfrica, parece inminente una tragedia humana de proporciones abrumadoras, a menos que se tomen medidas oportunas para prevenirla. Tal como se evidenció muy especialmente a lo largo del año pasado, la política de apartheid conduce inevitablemente a la opresión y a la resistencia, y envenena la vida de todos los habitantes del país." (A/42/1, pág. 6)

Los principios de justicia e igualdad son normas de comportamiento internacional consagradas en la Carta y que se aplican a las relaciones no sólo entre los Estados sino también entre los pueblos. Es una tragedia contemporánea que, en esta era de emancipación de las naciones y de los pueblos, la mayoría del pueblo de Sudáfrica sea objeto de discriminación legal y se le nieguen sus derechos más fundamentales como ciudadanos de su propio país. Este sistema institucionalizado de discriminación racial existe en la actualidad solamente en Sudáfrica; y como consecuencia de este sistema el pueblo de ese país ha sufrido mucho durante demasiado tiempo.

Ha pasado una era y el pueblo de Sudáfrica sigue sufriendo; toda una generación nueva ha nacido, y debido a su raza, también está destinada a sufrir como sufrieron sus padres; y en la misma forma sufrirán las generaciones que todavía no han nacido. Su única esperanza es el día en que de una vez por todas se elimine el apartheid.

La comunidad internacional se ha opuesto incondicionalmente a la política del apartheid, institucionalizada y practicada por Sudáfrica, y ha condenado universalmente esta política como violación de los principios fundamentales de los derechos humanos consagrados en la Carta y contraria a los valores morales y éticos del comportamiento humano.

Hoy, cuando la Asamblea sigue su debate, la condición en que se encuentra el pueblo de Sudáfrica no es mejor que cuando se trató el tema por primera vez en la Asamblea General, hace unas cuatro décadas.

Al examinar lo ocurrido este año, el informe del Comité Especial contra el Apartheid describe la situación con toda claridad. Allí se señala que éste ha sido un año de constante movilización, lo cual pone de manifiesto la decisión de la mayoría negra de dismantelar el sistema de apartheid y edificar una sociedad justa y no racial. También señala el informe que las autoridades de Pretoria no han dado muestras de ningún deseo auténtico de lograr una solución política dentro del país y, en cambio, no han hecho más que introducir nuevas medidas represivas.

El informe menciona asimismo las medidas adoptadas a nivel internacional, que han contribuido positivamente a la campaña internacional de lucha contra el apartheid, aspecto en el cual la labor del Comité Especial ha sido muy importante.

La situación reinante en Sudáfrica puede atribuirse a que el régimen se niega a manifestar una intención verdadera de abolir este sistema intolerable. Los cambios que se han aplicado son de tal naturaleza que solamente reflejan la decisión del régimen de mantener y consolidar el sistema. El hecho de que la situación en Sudáfrica no haga sino empeorar en forma alarmante sólo puede atribuirse al desacato flagrante del régimen del apartheid a la Carta de las Naciones Unidas y a sus resoluciones, en una actitud de desafío a la voluntad de la comunidad internacional y a los anhelos de la abrumadora mayoría del pueblo.

La lucha contra el apartheid es el derecho del pueblo sudafricano y ellos han manifestado con toda claridad que no seguirán tolerando que se les nieguen sus derechos. Para ello, siguen necesitando el apoyo constante de la comunidad internacional y nosotros, los Miembros de las Naciones Unidas, tenemos el deber moral y la obligación de brindar nuestro apoyo. Esta obligación emana de nuestra fidelidad a los principios de la Carta y, sobre todo, de la obligación que tenemos para con nuestros semejantes.

El diálogo y las negociaciones con los representantes de la mayoría negra son el único medio para lograr un cambio pacífico en Sudáfrica. Empero, hoy nos encontramos ante una situación en la cual el régimen no ha manifestado la mínima inclinación a adoptar las medidas necesarias para tal curso de acción. La opinión pública internacional, por abrumadora mayoría, piensa que se necesitan medidas concertadas y efectivas para ejercer una mayor presión sobre el régimen sudafricano, para que escuche la voz de la razón y entable un verdadero diálogo con la mayoría de la población sudafricana. También es abrumadora la opinión de los Miembros de las Naciones Unidas de que el Consejo de Seguridad debería adoptar medidas obligatorias en virtud del Capítulo VII de la Carta.

Se ha recalcado que es necesario seguir esa política porque Sudáfrica viola los principios de la Carta cometiendo actos que constituyen una amenaza a la paz y la seguridad internacionales. Además, su violación de los principios de los derechos humanos consagrados por la Carta, las agresiones que comete contra los Estados vecinos y su ocupación ilegal de Namibia son motivos imperiosos que obligan al Consejo de Seguridad a estar a la altura de sus responsabilidades y es necesario que todos los miembros que lo integran hagan lo que corresponde para que esto sea una realidad.

El proceso de cambio y el desmantelamiento del odioso sistema del apartheid es inevitable porque la historia está de parte de la mayoría oprimida de Sudáfrica. Pero ese resultado no solamente depende de lo que ocurra en el país, sino que la comunidad internacional, por conducto de las Naciones Unidas, tiene una importante función que cumplir para acelerar el proceso de cambios mediante el diálogo y las negociaciones.

Sr. McDOWELL (Nueva Zelanda) (interpretación del inglés): La preocupación de las Naciones Unidas por las políticas del apartheid son proporcionales, como corresponde, a la profundidad de la preocupación manifestada por los Estados Miembros. Hoy, al igual que cuando la comunidad internacional

condenó por primera vez las políticas racistas como un mal vicioso, su total erradicación es uno de los principales retos de la comunidad de naciones. Nueva Zelanda, por su parte, reitera su empeño nacional de obrar con otras naciones para abolir el apartheid y desterrar la violencia y la brutalidad que son inseparables de ese sistema.

La reafirmación por la Asamblea General de una responsabilidad internacional compartida es sumamente importante, sobre todo, porque las crisis regionales creadas por el apartheid siguen empeorando.

Dentro del país, el Gobierno sudafricano no ha hecho más que aumentar su carácter represivo. Es menos representativo que antes, dado que la minoría está dividida. En los últimos tiempos, la policía se ha librado a detener a los niños negros que buscan una educación acorde con una vida que no sea esclava. Se trata de un gobierno para el cual la justicia es lo mismo que supremacía blanca; un gobierno para el cual el derecho moral es igual a las fuerzas armadas de que dispone.

La región del Africa meridional necesita desesperadamente paz y seguridad. Esta es una condición necesaria para el desarrollo en todos los frentes. Pero no habrá paz mientras Sudáfrica siga ocupando a Namibia en forma ilegal y obstinada, negándose a cumplir las decisiones y resoluciones de la Corte Internacional de Justicia y del Consejo de Seguridad. Las fuerzas sudafricanas merodean regularmente en Angola. Ahora eso ha sido reconocido oficialmente. Hacen incursiones fronterizas en los demás Estados de la línea del frente. Eso forma parte de una política de desestabilización deliberada y calculada. Mi país condena específicamente los ataques a Botswana, Zambia y Zimbabwe realizados este año.

Es evidente que una campaña asesina contra el Congreso Nacional Africano (ANC) forma parte de ese programa. Lo trágico es que los países que lamentablemente limitan con Sudáfrica, y también Mozambique, no pueden desarrollarse en paz. Están obligados a dedicar los escasos recursos de que disponen al esfuerzo individual y común de defender su seguridad. Ese es un sacrificio que no pueden soportar pero que están haciendo porque atañe a todos los países y a todos los pueblos.

Ese sacrificio fue reconocido expresamente en la reunión de Jefes de Gobierno del Commonwealth celebrada en Vancouver el mes pasado. Los Jefes de Gobierno

analizaron los acontecimientos ocurridos en Sudáfrica desde el Acuerdo de Nassau de 1985 y la reunión de examen, de Londres, en 1986. En esta última reunión se había examinado el informe del Grupo de Personalidades Eminentes que había visitado Sudáfrica. Este intento de entablar un diálogo entre el Gobierno sudafricano y los verdaderos representantes de la comunidad negra no dio frutos, como tampoco los dieron las anteriores mediaciones de las Naciones Unidas. Sin embargo, los Jefes de Gobierno del Commonwealth encomiaron la labor del Grupo de Personalidades Eminentes por haber ofrecido al Gobierno sudafricano una buena oportunidad de entablar negociaciones y romper el ciclo de violencia en la región. El Commonwealth instó una vez más al Gobierno de Sudáfrica a que aceptara el concepto de negociación establecido por el Grupo de Personalidades Eminentes, que hoy sigue siendo tan válido como cuando se formuló. Sólo así podrá evitarse la catástrofe.

Nueva Zelandia cree que el sentir internacional y la preocupación por la situación de Sudáfrica piden que se consideren otras medidas prácticas y colectivas para lograr mejores efectos que las ya tomadas. Las sanciones económicas y de otra índole ya han tenido un impacto significativo. Su aplicación más concertada e intensiva es una parte esencial de la respuesta al apartheid.

Por nuestra parte, Nueva Zelandia ha aplicado todas las medidas recomendadas por el Commonwealth, así como también las medidas adoptadas por el Consejo de Seguridad contra Sudáfrica, obligatorias o voluntarias. Nosotros participamos activamente en el importante Grupo intergubernamental encargado de vigilar el abastecimiento y el transporte de petróleo y productos derivados de petróleo a Sudáfrica. Consideramos que la labor de estos órganos permitirá que la comunidad internacional ponga de relieve la situación de los países miembros que siguen evadiendo el embargo de un producto vital para Sudáfrica, que le permite desafiar a la comunidad internacional. Recalcamos lo dicho ayer por el Presidente del Comité Especial contra el Apartheid, respecto a la necesidad de tener una verdadera vigilancia. Por su parte, Nueva Zelandia está dispuesta a aplicar todas las medidas que acuerden las Naciones Unidas o el Comité de Ministros de Relaciones Exteriores del Commonwealth para dar impulso y orientar la declaración de Okanagan sobre el Africa meridional y el Programa de Acción acordado por el Commonwealth.

A falta de otra acción por un mayor número de países o de una respuesta más firme del Consejo de Seguridad, parece que son escasas las perspectivas de que el Gobierno sudafricano se aparte de su decisión de no rechazar el apartheid sino simplemente de jugar con él.

El ritmo de las reformas está determinado por la necesidad imperiosa de restablecer y mantener el orden, así como salvaguardar una sociedad blanca, cualesquiera sean sus costos en el exterior. El resultado de las elecciones para blancos demuestran que, en general, la mayor parte del electorado está de acuerdo con ese enfoque.

Sin embargo, parece verse un pequeño rayo de luz. La iniciativa de Dakar, donde hubo negociaciones entre partes de la comunidad blanca y el Congreso Nacional Africano, ofrece la posibilidad de llegar a aquellos elementos sudafricanos que están abiertos a la razón y el humanismo. Se debe mantener la presión y esta debe ser una forma de hacerlo. Nueva Zelandia se orientará aquí con la opiniones de organizaciones tales como el ANC. Mientras tanto, cabe esperar fervientemente que el régimen de Pretoria - antes de que sea demasiado tarde - tendrá el buen tino de poner en libertad a auténticos líderes negros como Nelson Mandela y tratar con ellos.

Se levanta la sesión a las 13.20 horas.